

# LAS RUPTURAS HACEN NUESTRA ARQUITECTURA

Tesis teórica que para obtener el título de Arquitecto  
presenta  
Sebastián Gnaedig Ávila

Sinodales  
Arq. Francisco Hernández Spínola  
Arq. Carmen Huesca Rodríguez  
Arq. Lucía Vivero Correa

Universidad Nacional Autónoma de México  
Facultad de Arquitectura  
Taller Max Cetto





Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



# LAS RUPTURAS HACEN NUESTRA ARQUITECTURA

sebastián gnaedig ávila





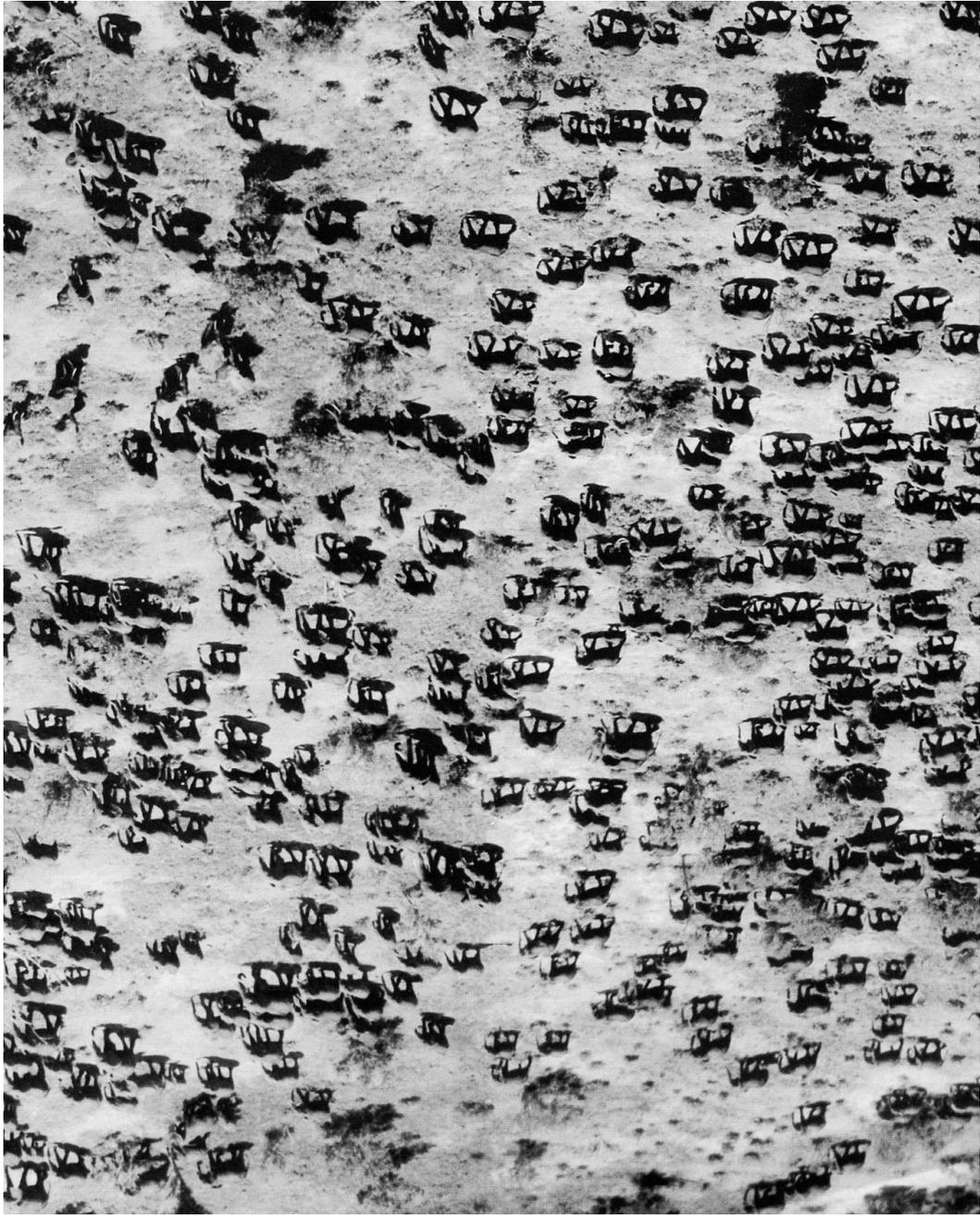
## Índice

El Rizoma	09
La Estrategia	27
Las Relaciones	37
Ciudad Antirizoma	39
Ciudad Rizoma	61
Continente Manufacturado	93
Emoción contra Razón	105
Las Rupturas Hacen Nuestra Arquitectura una reflexión	135
Referencias	149



*arroyo sin principio ni fin  
que socava las dos orillas  
y adquiere velocidad en el medio*

<<Rizoma>>  
Gilles Deleuze,  
Félix Guattari



Vista aérea de una manada de elefantes en Kenia, África.

Nuestro pensamiento es complejo. Es tan complejo que no sabemos dónde comienza, de dónde viene, y no sabemos a dónde va cuando dejamos de existir. Sus productoras básicas, las neuronas, no se conectan de manera perfecta. Siempre hay alguna fisura, alguna abertura, que convierte al cerebro en un sistema aleatorio, impredecible de posibilidades, donde nada es lo más importante y todo se conecta con todo, por todos lados. Los mensajes, nuestros mensajes -y los que provienen del exterior-, ideas, reflexiones, sentimientos y acciones saltan de un lugar a otro y toman importancia aquí y allá, se relacionan con otros, sufren rupturas, interrupciones, se olvidan temporalmente, no podemos sacarlos de nuestra cabeza o simplemente se pierden para siempre. Una plática entre dos amigos

es igual, donde se habla de cualquier cosa y donde una sola frase, una sola palabra, un sólo cambio en el tono de voz, un perro o un automóvil que pasa cerca, una brisa de aire abre las puertas a otro tema, o lo interrumpe abruptamente. También un cuento de Cortázar, discontinuo, abierto, fantástico y sin una estructura lógica, un relato aparentemente desligado de Kafka, un grupo de animales moviéndose en manada o una parvada de pájaros emigrando, el pastoreo de ovejas, la evolución biológica, el ciclo de la vida, cuando un virus transmite información genética entre distintas especies. Todo lo anterior podría ser visto como una serie de “sistemas” dinámicos, abiertos, impredecibles, muy sensibles y modificables, donde una o varias pequeñas modificaciones provocan grandes diferencias en su comportamiento futuro y en sus consecuencias. Y gracias a lo que se desarrollará a lo largo de esta tesis, también lo podemos llamar Rizoma. Y si está presente en cosas tan distintas, tan complejas, pero a la vez tan naturales, comunes y sencillas, podemos formular una hipótesis para la arquitectura, y más específicamente, para la arquitectura en nuestro continente:

*¿No podríamos pensar que existe una arquitectura en nuestro continente que tal vez no sea palpable o fácilmente identificable, pero que hace rizoma; Una arquitectura que forma aparentemente parte inherente de nosotros y que es tan rica, incluyente, trascendente y propositiva como cualquier otra,*

*que es producto de características y acontecimientos tanto completamente distintos como en común –llamados aquí “líneas de fuga” o “rupturas”–, sin importar la escala o consecuencias de éstos, entre los países del continente, su propia cultura y de sus propias arquitecturas individuales y únicas?*

Pretender glorificar la arquitectura de América Latina con una postura individual sería extremadamente ambicioso e ingenuo. También lo sería el crear un modelo de entendimiento de la arquitectura en América Latina completamente nuevo y distinto. Simplemente sé que la arquitectura en nuestro continente, para ser comprendida, revalorada, reivindicada y desarrollada debe alejarse -sin desconocerse- de ciertos modelos ajenos que ahora la definen, y acercarse a esta manera diferente de pensar y de ver la “realidad”.

Al vivirla, no es sorpresa percatarse que la arquitectura en América Latina hace rizoma. Es -para mí- algo natural. El cómo lo hace es lo que debemos sacar a la luz, para poder así aprovecharla y continuarla. El ver la Arquitectura en nuestro continente como un Rizoma tiene un objetivo:

*Revalorarla, demostrando que es en sus rupturas, en sus márgenes, en sus líneas de fuga, en las relaciones, las articulaciones casi imperceptibles entre las distintas historias de sus pobladores, sus ciudades, su arquitectura y sus países -en mucho de lo que aparentemente es insignificante, obvio, trivial-, donde está la arquitectura en nuestro continente, sin caer en una falsa generalización o unificación. También comenzar a reconocer -porque esto es un proceso muy largo- que por su desarrollo a lo largo de la historia, no puede ser completamente comparada ni medida con base en los parámetros de juicio de otras arquitecturas o movimientos artísticos, ideológicos, culturales, sociales o de cualquier otra naturaleza, sobretodo si son ajenos tanto geográfica como históricamente. Esto sin desconocer todos los factores externos que también la han enriquecido y que sin ellos no sería igual. Debe ser valorada no cómo algo bueno o malo, o algo bien o mal hecho, sino como algo que se hace y desarrolla de una forma peculiar: por todos lados, de manera impredecible, enriqueciéndose de todo -pero sobretodo de lo marginal- y que depende de nosotros que no tenga fin, reflexionando sobre sus etapas de desarrollo, sus características, sus influencias -tanto internas como externas- y virtudes que a lo largo del tiempo han sobrevivido -las líneas de fuga, las rupturas-, que se han transformado o evolucionado, engendrando otras para finalmente comprenderla.*

Para lograr lo anterior -o por lo menos intentarlo- debemos comprender qué es Rizoma en primer lugar.

El Rizoma es un modelo descriptivo que forma parte de la teoría filosófica de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Desarrollada en los años '70s del siglo pasado e inspirado en el crecimiento aparentemente caótico de plantas como la mala hierba. En pocas palabras, es un modelo basado en la aleatorización. Un rizoma engendra ideas, corrientes, abre perspectivas por medio de líneas de fuga -sucesos, ideas, cosas que se escapan o se manifiestan al haber una crisis, sobreviven, y se transforman para adaptarse a su nueva situación- generando rupturas en el desarrollo normal de algo, le quita importancia a lo "central" y se la da a lo *otro*, a lo marginado, y cuando éste adquiere trascendencia, los centros vuelven a cambiar. Pero ¿Porqué pretendo valorar la arquitectura en nuestro continente basándome en el pensamiento y juicio de dos pensadores no latinoamericanos?

Esta es un modo de procurar entender y explicar la "realidad" que sostiene que lo rizomático es algo intrínseco en cada uno de nosotros, y que ponemos en práctica todo el tiempo, además de que está presente constantemente en la naturaleza. Nosotros relacionamos cosas de manera arbitraria todo el tiempo, por causas sentimentales -un aroma que nos recuerda a un viaje de la infancia- o acuerdos comunes -una luz roja que significa alto-. Esto es una de las características de la semi-

ótica y el principio primordial del rizoma: *Conexión y Heterogeneidad*. La arquitectura en nuestro continente puede ser vista con base en ésta característica, considerándola un principio que relaciona las arquitecturas regionales de forma natural, un principio que conecta, un principio vinculador.

Por otra parte, todo el tiempo producimos pensamientos y acciones simultáneamente, que afectan lo que nos rodea, que a su vez afecta a otras cosas y que de pronto nos puede afectar de vuelta, generando una *multiplicidad* de resultados y reacciones imposibles de cuantificar en un solo momento. Esto también es un principio rizomático. Es como una cantidad infinita de reacciones en cadena pasando al mismo tiempo en un vacío sin fin. Y todo esto en la cabeza de cada uno de nosotros (el pensamiento) La infinita diversidad de nuestra arquitectura –y de todas las demás- es producto de este principio y de otro -*cartografía vs. calcomanía*- ejemplificado con lo siguiente:

A pesar de que compartimos un código genético, cada organismo, cada ser humano es diferente, único, producto de diferencias en sus genes. Nadie es la copia fiel, la viva imagen (aunque todos los abuelos lo digan), o la reproducción de alguien más, nadie se genera con base en un molde o una estructura ajena, sino en una a la vez superior (la especie humana en conjunto) y a la vez individual (combinación de los progenitores y de todos sus antepasados).

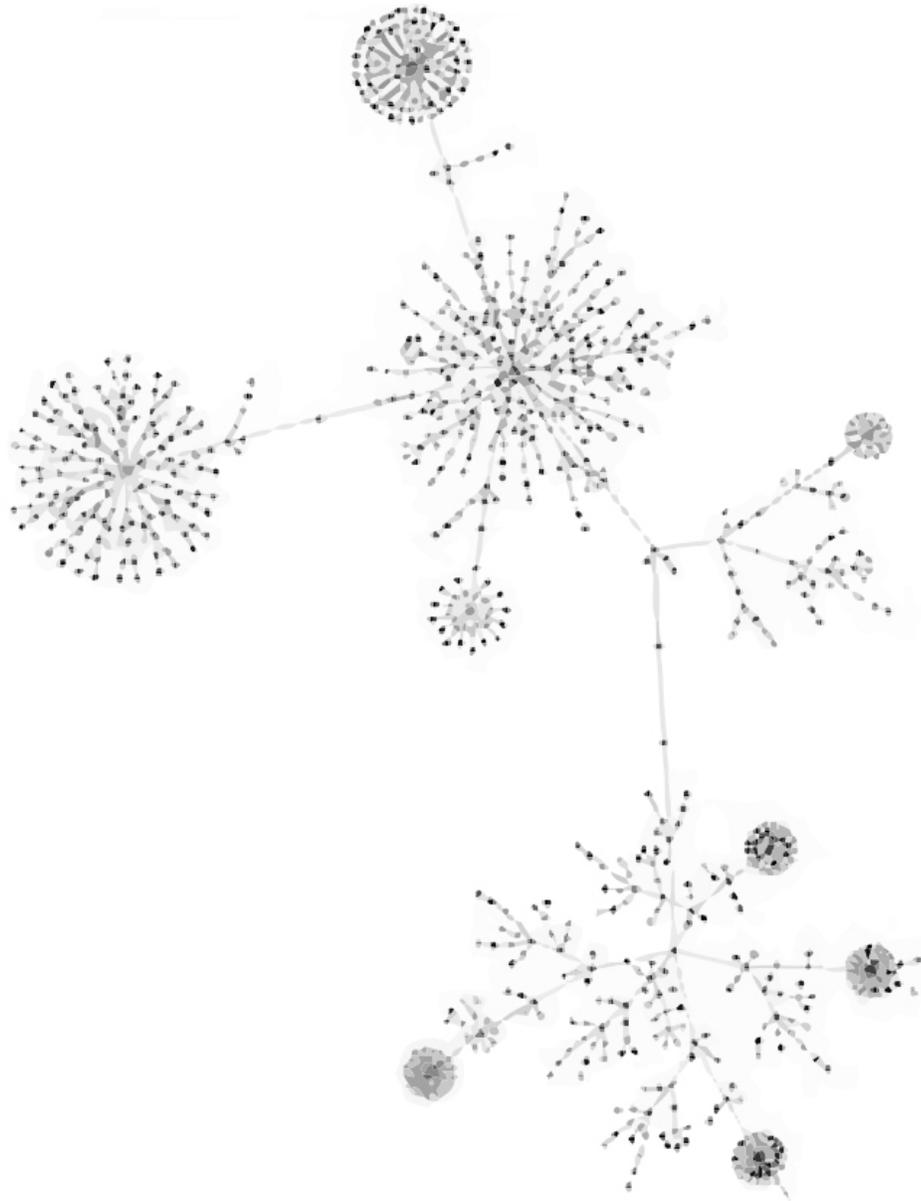
En el mundo natural, la mala hierba crece en todos lados, y sin importar cuántas veces sea podada, ésta siempre encuentra la manera de volver a brotar, llena los vacíos y se desborda desde donde fue cortada, arrancada, o de algún otro lugar cualquiera, de alguna línea de fuga surgida de la nada. La mala hierba vive bajo el principio rizomático de la *ruptura asignificante*. Éste principio es, irónicamente, la clave para comprender la pluralidad de nuestra arquitectura: Es en los pequeños sucesos relacionados casi banalmente o en las características en común y en los detalles casi insignificantes –hasta ahora– de la historia, las tradiciones, costumbres y de las arquitecturas de Brasil, México, Argentina, Perú, Colombia, Venezuela, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Guatemala, Bolivia, Chile, Costa Rica, Cuba, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Panamá donde podemos encontrar los principios de una arquitectura del continente. Una arquitectura que no lleva etiquetas o prejuicios, pero que tampoco haya olvidado su pasado, ni pretenda desentenderse completamente de otras. Además, pensar que es una -o unas- arquitectura que se reconoce como a si misma al darse cuenta que es “otra” para las demás y que es en lo “otro”, en lo marginal y relegado dentro de ella misma donde también está. Lo otro se convierte en lo que reafirma y a la vez como lo que refleja el deseo de supervivencia.

Resumiendo, un rizoma se entiende como algo cuyos rasgos se relacionan con los rasgos de cualquier otra cosa, aunque a ésta no se le vea ninguna relación -sobretodo física- con el ‘algo’ original. Esto provoca que

todo el tiempo el rizoma, por su inestabilidad, esté fracturándose e interrumpiéndose, pero también creciendo y desarrollándose, no importa de qué manera ni en qué dirección. Este proceso es permanente y ocurre una infinidad de veces cada momento, por lo que es ingenuo pretender entender a un rizoma con base en un modelo previo y estructurado, que por lo tanto es cerrado y le produciría una lectura limitadísima. Pero si todo se relaciona con todo, ¿Qué es lo que impide que todo se transforme constantemente en algo más? Lo rizomático va más allá de la forma física -es algo que está más relacionado precisamente con las relaciones impalpables internas y externas de las cosas-, y es en las estructuras que rigen lo físico, y que no son evidentes, donde se definen y diferencian y donde el rizoma pierde fuerza y las cosas se definen, pero sin desaparecer o frenarse por completo.

Tomándonos como ejemplo, los seres humanos somos modelos físicos abiertos, aunque también rizomáticos en nuestra capacidad de adaptación o tolerancia a factores externos como el clima y la temperatura. También en nuestra capacidad de aprendizaje, que se relaciona con nuestra característica más rizomática: el pensamiento.

Si nuestro pensamiento no fuera abierto, si la conexión entre las neuronas fuera perfectamente continua, si no existieran fisuras sinápticas que permitieran el salto -la fuga- y la relación “asignificante” entre los mensajes que recibimos del exterior y que producimos interna-



En un rizoma cada punto se conecta con todos los demás puntos.

mente, nuestro cerebro tal vez parecería un sistema cerrado y predecible, sin capacidad de adaptación a lo desconocido, sin capacidad de aprender. Tendría que cargar con toda la información que exista al momento de ser concebido. Afortunadamente, nuestro sistema nervioso es incierto. Nuestra mente es rizomática.

A pesar de todo esto, el conocimiento y la ciencia (con algunas excepciones) aún no se enriquecen lo suficiente del pensamiento rizomático. Todavía el pensamiento arborescente, basado en el método científico, en principios, modelos estructurales, especializaciones, ejes de investigación y reproducciones, impera en el desarrollo cultural e intelectual de nuestra sociedad, cuando algo más incluyente, abierto, modificable, heterogéneo y participativo, provocaría un crecimiento del conocimiento humano mas universal y acelerado. En nuestro continente esto es verdaderamente necesario. Su situación exige un cambio que nos haga alcanzar al resto del mundo, y ser capaces de transformarlo. Que nos haga fuertes en ideologías, en técnicas, en nuestra forma de hacer arquitectura. Pero ¿Cómo intentar lograrlo?

América Latina tiene una característica que la ha acompañado durante casi toda su historia: La discontinuidad y la ruptura. La historia social, ideológica, religiosa, política, económica, cultural y arquitectónica de este continente ha sido traumática, emotiva, impredecible, producto de múltiples variaciones, expansiones, conquistas, revoluciones, capturas e inyecciones,

provenientes de todo el planeta y de múltiples formas de ver el mundo. Construida, destruida, modificada y producida innumerables veces. La arquitectura ha sido parte de todo esto, pero también la sociedad, la política, la economía, el arte, la ciencia, las ideologías y la naturaleza. Y todo tenía -y aún tiene- que ver con todo, todo afectaba a todo. En el tejido urbano de nuestras ciudades, en continuo cambio, destruyéndose, construyéndose y con tipologías en constante sustitución, es indudable la interrelación de todos estos elementos: los gobernantes trazaban nuevas calles, creando o fragmentando barrios, según sus deseos, las exigencias de una sociedad cambiante en expansión, lentamente enriqueciéndose, lentamente cultivándose, o más comúnmente, según las modas o las imposiciones metropolitanas. A pesar de todas estas modificaciones, todos estos desgarramientos, ciertos rasgos arquitectónicos y urbanísticos, nuevos o antiguos, han sobrevivido y a lo largo del tiempo se han modificado, enriqueciendo y evolucionando, dejándonos caminos, mapas, indicios o pautas sobre los que tenemos que experimentar, construir o reconstruir nuestra arquitectura, no importando de qué manera, ya sea con un garabato, una obra de arte, una acción política, un manifiesto.

Si mi hipótesis es correcta y la arquitectura en América Latina es rizomática, esto no parece ser tan notorio como en sociedades tradicionalmente rizomáticas, como la china, que sigue los principios de desbordamiento -demográfico, migratorio, de producción, de destrucción-, de crecer entre las cosas, de cosechar horadando,

desenterrando, rompiendo, y de estar siempre presente en todos lados (mucho de lo que poseemos es *made in China*), o de la aborígen australiana, adaptable y capaz de sobrevivir bajo condiciones extremas. Los virreynatos y su herencia contemporánea en América Latina, llenos de modelos a seguir, dogmas incuestionables, reproducciones banales y superficiales, dependencias culturales e ideológicas, comunicaciones internas, desarticulaciones sociales y marginalidad, son impedimentos en el desarrollo natural de un rizoma. Foucault decía -dentro de lo poco que se puede relacionar entre el post-estructuralismo y el rizoma- que en vez de construir continuidades para comprender el paso del tiempo, cuando muchas veces éstas no existen, debemos analizar las articulaciones, las relaciones, los escapes, las líneas de fuga, los puntos de inflexión entre las cosas. Esto es justamente lo que sucede en América Latina, rota e interrumpida constantemente. Obligada a copiar, adoptar y continuar concepciones completamente ajenas, extrañas e incompatibles, introducidas en cualquier momento, desde cualquier lugar, y a su vez forzada a negar y olvidar lo que había sido parte de ella desde siempre.

Por suerte, esto último fue imposible, y como buen rizoma, como buena mala hierba, la América Latina original -aquí erróneamente generalizada- continuó por sus rupturas, apenas sobrevivió. Fue mandada a los márgenes, casi al borde del olvido. Su impacto cultural, económico y político era mínimo, sentía que no tenía identidad ni aliados, estaba sola en el borde del mun-

do. Y el eurocentrismo se mantuvo con fuerza, como eje generador, cerrado y jerarquizado a expensas de la casi total aniquilación física, mental y emocional de nuestro continente. Pero estos márgenes, estas costumbres, creencias, palabras y técnicas primigenias poco a poco comenzaron a reintroducirse y mezclarse con lo extranjero. No sólo en la arquitectura, con las famosas capillas abiertas de los conventos del siglo XVI en México, o los querubines indígenas, motivos vegetales y demás elementos precolombinos tanto en las catedrales de las grandes ciudades como en las misiones evangelizadoras en regiones remotas de las colonias, o las casas a la típica usanza española con patios y arcadas, éstas a la vez con influencia árabe, pero construidas con materiales locales, adaptadas a nuestro clima y hechas con mano de obra indígena, completamente capaz pero inexperta -según los estándares artísticos europeos-. También en la cocina, donde posiblemente no hay platillo que consideremos propio que no tenga ingredientes de ambos continentes, en nuestro idioma, mezcla de un español culto, un español vulgar, el árabe, uno o más idiomas indígenas y una que otra palabra cuyo origen es incierto, las celebraciones, las tradiciones, la religión, las artes y la cultura. Todo es reflejo de un profundo deseo aun no concretado, sentido por todos y materializado en la escritura por autores como Borges y Cortázar, sólo por mencionar a dos de los más trascendentales, de elevar los márgenes a un nivel de universalidad, que cualquier cosa, edificio, libro o canción hechos justificadamente en América Latina tenga valor por sí mismo, y tenga el potencial de ser valioso

para todos, sin depender del hecho de ser medido con el molde de algo más, que el centro, la metrópoli, sea cual sea en el momento, pierda valor como fundamento absoluto e incuestionable, que ya no sea el tallo principal y que en cambio surgan innumerables centros en cualquier lado. Los fundamentos no se pierden, se unen a otros, generan nuevas e impredecibles relaciones, nuevas conexiones, se disuelven junto con todo lo demás en el Mundo, un organismo complejo de relaciones, de comunicación, de dimensiones y transformaciones.

Todo lo anterior, esa marginalidad, esa descentralidad, esa complejidad es lo que hace extraordinaria la situación latinoamericana: una mezcla de orden y desorden. También de aleatoriedad, que debemos ver multidimensionalmente, intentando comprenderla y explicarla desde todas las perspectivas posibles, sobretudo mediante la reflexión sobre la integración, interacción y emergencia de sus fenómenos.

Debemos recordar que no somos europeos, pero tampoco somos indígenas. Somos una mezcla que a pesar de que ya conoce su pasado primigenio aún no puede asimilarlo ni adaptarlo porque los últimos 500 años se ha dedicado a despreciarlo y esconderlo, sustituyéndolo por un entusiasmo hacia la modernidad, la aprobación y aceptación extranjera, los beneficios inmediatos, un falso progreso. Pero también porque ése pasado ya no encaja con nuestro presente, infinitamente más complejo e interconectado. Por suerte, durante los últimos cien, lo rizomático de nuestra sociedad, y de nues-

tra arquitectura, se está haciendo notar más que nunca y se está revalorizando y aprovechando. Claro que hay variaciones de país en país, de década en década, de revolución en revolución y de dictadura en dictadura. Y precisamente esta tesis pretende entrar justo por en medio de esta lenta y silenciosa revolución, que debería ser una dinámica y provocadora revolución social, intelectual, artística y cultural latinoamericana, e inyectarle un poco más de fuerza. Porque la historia nos ha enseñado que sólo las fuertes rupturas, los traumas, las revoluciones bien justificadas y aplicadas son capaces de transformar el camino de sociedades tradicionalmente sometidas o aletargadas.

Ésta relación rizoma-arquitectura comienza por un replanteamiento del registro de la historia que la arquitecta Marina Weisman cree es muy necesario, donde desaparece la concepción lineal, jerarquizada y continua del tiempo, y es sustituida por una serie de relaciones de capas de historia, que -hasta el siglo XX- en América Latina cada una es muy lenta, casi inmóvil. Lo importante es concebir cada capa de historia como una dimensión abierta y moldeable, sin jerarquía y que se puede conectar con cualquier otra capa y por cualquier lado. Una capa puede de pronto desaparecer y resurgir en cualquier momento, aún cuando aparentemente ya no haya otras que se relacionen con ella. El brote 'espontáneo' de revivals en la arquitectura de América Latina, producto de constantes crisis de identidad, encaja en esta concepción, así como la introducción aleatoria y descontextualizada de ideologías europeas durante el

periodo virreinal, y estadounidenses, asiáticas y europeas en la actualidad.

Es por esto que una concepción completamente eurocentrista de nuestra arquitectura, donde se ve sólo como un conglomerado de obras aisladas, sin continuidad, sin relación, cargadas de pintoresquismo, como un simple desprendimiento o variación de una cultura arquitectónica hegemónica, simplemente no es compatible con la propia naturaleza de nuestro continente. Si en vez de esto, consideramos las virtudes intrínsecas de la arquitectura de Latinoamérica: el colorido, la contextualización, la artesanía, que le da un toque de individualidad, su tecnología, adecuada a su entorno, a su tiempo y a las capacidades de sus constructores, su capacidad de enriquecerse de otras arquitecturas, todo acorde con su contexto social y cultural, y, como ya mencioné, las líneas de fuga, los puntos en común a lo largo de su historia, crearemos una red de verdaderas relaciones donde tal vez veremos a nuestra arquitectura enriqueciéndose, cuestionándose y reinventándose a si misma.

Solamente una transformación -o por lo menos adaptación- social latinoamericana será capaz de ver a su arquitectura de esta forma, y ésta tendrá sus virtudes: Se solidarizará con las capas humildes de la sociedad, será consciente de que es parte de un mundo cada vez más interrelacionado, transformándose permanentemente. Su arquitectura volverá a ser para cada quien y para todos.





Barda de cactus en Oaxaca. A pesar de no estar plenamente conscientes del simbolismo de este elemento arquitectónico, los habitantes de ésta región lo siguen utilizando después de siglos.

El deseo de revalorizar nuestra arquitectura no se cumplirá con un nuevo manifiesto, o con un nuevo paradigma, ni con el ensayo -o la tesis- de una sola persona. Los principios de “nuestra” arquitectura son claros, al menos por sí solos, aislados y abstraídos con un afán simplificador o reduccionista. Lo que tal vez se necesita es una estrategia, un proceso de asimilación y análisis igual de abierto, cambiante, adaptable, complejo y rizomático como la misma arquitectura que pretende comprender. Será una estrategia que relacione todos estos principios solitarios, y que sobretodo esté consciente de uno de los fundamentales de ésta arquitectura: El cambio, el azar y lo inesperado, a lo largo de todo su desarrollo. En otras palabras, se basará -pero mantendrá su apertura- en los momentos de la arquitectura

latinoamericana de grandes decisiones, de grandes crisis, grandes bifurcaciones, pero también de impredecibles relaciones o coincidencias, cuando ocurre lo inesperado y surge la verdadera naturaleza del hombre y en este caso, de lo que produce: Arquitectura.

Ésta Arquitectura-Rizoma, así como su estrategia -ya que es un proceso que existirá sólo para ella-, podrían ser consideradas como tales desde un punto de vista del concepto de la Complejidad, desarrollado por Edgar Morin, aparentemente compatible con los principios del rizoma. Pero al estudiarlo surgen varias contradicciones:

La Complejidad sostiene que múltiples sistemas aislados de ideas, de eventos, ideologías y edificaciones serán articulados y relacionados, manifestando su dinamismo y su interdependencia. Ésta apertura, éstas relaciones, cambios y renovaciones son esenciales para, irónicamente, mantener la autonomía, la clausura de cada uno de los sistemas, según Morin. Pero ¿No es esto una contradicción irreconciliable? Tomemos a cualquier ser viviente, que para sobrevivir, para mantener un orden interno, depende de la constante renovación de sus células, y éstas sólo pueden renovarse si reciben del exterior todo lo que necesitan: alimento, energía, información, estímulos. Ningún ser es completamente autosuficiente. En una sociedad, su funcionamiento, organización y desarrollo dependen del nacimiento, la muerte y la integración del exterior (en otras palabras, renovación constante) de sus individuos, sus ide-



Chan Chan, en la costa norte de Perú, es el segundo núcleo urbano más grande del mundo hecho completamente de adobe.

ologías, y su cultura. Las reacciones químicas, la unión fuerte y estable de varios elementos se produce en un ambiente, un exterior, en desorden, aleatorio y abierto, cuyas condiciones (a menos que se esté en un laboratorio) son de alta impredecibilidad. En lo que consierne a esta tesis, para que la arquitectura de cada país sobreviva y se desarrolle, debemos hallar las relaciones y las diferencias que tiene con otras arquitecturas, hasta con las que parece no tener mucho o nada en común.

Pero la Complejidad sostiene que cada cosa es un sistema cerrado, auto-organizado, autodefinido, centralizado y “ordenado”, cuando los principios del Rizoma son exactamente lo contrario: apertura, “asignificancia”, descentralización y aleatoriedad. Así que es mejor pensar que una estrategia para ver lo rizomático en la arquitectura en América Latina conviene que sea en sí rizomática. En otras palabras, la estrategia podría ser mas bien *comprender* qué es un rizoma, para así poder *ver, percibir* lo rizomático en lo que nos rodea, poder verlo en la Arquitectura.

Suponiendo -después de varios meses de investigación, o de leer (y releer) el capítulo anterior y la teoría que lo hizo posible- que ya entendemos qué es un rizoma, empecemos por recordar uno de los momentos de cambio, de crisis, más extremos en la historia de nuestro continente, cuando hace más de 400 años inició el proceso de conquista de nuestro continente. Como muchas otras sociedades, la que habitaba en nuestro continente sufrió una ruptura, provocada por

una fuerza exterior, tan poderosa que casi la hace desaparecer por completo. A pesar de eso, mucho de sus construcciones, costumbres, ideologías y lenguajes sobreviven de algún modo a nuestro alrededor, o dentro de nosotros. Pero hemos recibido tanto de tantos lugares durante todo este tiempo, desde ideologías y creencias europeas hasta modelos del hogar (y la vida) ideal de otros países de América y del mundo, todo con o sin nuestro consentimiento, que el pretender volver a su forma de vida, a pesar de creer y en algunos casos saber que funcionaba de manera fascinante, se contradice con la propia idea del rizoma, acotando, cerrando la visión de lo que es el continente ahora.

Pero existe algo de ese pasado que hemos subestimado y que es quizás de lo más sencillo y nato: La forma de ver el mundo, su relación con él, el reconocer que somos parte de él. El inclusivismo, la adaptación y la actitud ante la vida y la muerte son virtudes del pensamiento indígena, y son completamente rizomáticas. Desde su lenguaje, que parece ser motivado por lo que sentían, o por lo que cada lugar les daba, sus estrategias comerciales y bélicas, sus ceremonias que celebraban la continuidad entre la vida y la muerte, hasta en su arquitectura y urbanismo. Ciudades perfectamente adaptadas a su entorno -Teotihuacán, Machu Picchu, Yaxchilán-, a las necesidades comerciales -Tenochtitlán, Tulum, Chan Chan, El Tajín, Moray-, o como parte de estrategias militares o de importancia religiosa -Monte Albán, Xochicalco, Quiahuixtlan-, técnicas constructivas avanzadísimas pero abiertas y modifi-

cables, enriquecidas de generación en generación, el uso de materiales propios de cada región, y una comprensión y adaptación al clima casi instintiva. El placer, las aspiraciones y la imaginación de todo un pueblo se construía y perduraba por siglos.

Perduró como edificios y ciudades ocultos en la selva o enterrados debajo de nuestras metrópolis, pero también perduró en su expresión popular: La arquitectura vernácula. La arquitectura que se integra y se vuelve parte de los hombres, del lugar que la rodea y de la situación en la que se encuentra. La arquitectura que pasó del simbolismo -hileras de cactus que bordean y delimitan casas mixtecas- y a la forma que responde a una necesidad, a la arquitectura cuyo significado fue olvidado pero perdura hasta hoy, cargándola de ornamentos.

Ésta arquitectura es un ejemplo de lo rizomático en América Latina. Tanto la expresión “cultura” como la expresión popular de las cosas, ya sea en arquitectura, poesía, artes plásticas y lenguaje, responden a dos modos de ver y vivir el mundo, y lo que pretendo demostrar es que en ambas lo rizomático existe. Pero empiezo por lo popular porque es en éste donde la aleatoriedad y lo asignificante es más notorio a primera vista, sin olvidar que éstas cualidades existen los dos tipos de expresiones mencionados.

Afortunadamente, aún queda algo de toda ésta “vernacularidad” en nuestro continente: Durante el peri-

odo virreinal se mantuvo el uso de materiales nativos, -excepto en Brasil, donde se importaban iglesias tipo *bricolage* desde Portugal-, se adaptaron las tradiciones politeístas al catolicismo al no poder ser erradicadas, y el Español se enriqueció con aportaciones de lenguas indígenas. Más en el presente, el realismo mágico en la literatura, donde lo cotidiano se conecta y entremezcla con lo extraño e inverosímil, herencia -entre otras cosas- de un politeísmo prehispánico que logró sobrevivir, y la obra de arquitectos como Eladio Dieste, Luis Barragán, Rogelio Salmona, Severiano Porto y Mederico Faivre son herederos de este pensamiento, racional y analítico, pero también mezclado, contradictorio, desbordante, festivo y emocional. Desde las obras de Dieste, estructuralmente innovadoras y elegantes, pero con fuerte carga espiritual o social, ya que muchas veces construyó para los estratos humildes, el uso de la geometría pura combinada con la calidez y la técnica constructiva relativamente artesanal del tabique rojo en los edificios de Rogelio Salmona, hasta las casas y edificios para la burguesía con fuerte carga simbólica, emocional y religiosa de Barragán.

A pesar de que estas cualidades las asociamos con nuestro continente, existen en la Arquitectura de todo el planeta. Es también en cómo utilizamos la luz, la sombra y su interacción: el claroscuro, la apreciación por la construcción artesanal, la articulación de volúmenes, las aristas remarcadas, las superficies trabajadas, el uso de tecnologías coherentes, la adaptación al medio y porqué no, el uso valiente del color,

en donde está la idea de una Arquitectura-Rizoma en nuestro continente. Todo en el marco de la discontinuidad y la ruptura.

Muchos otros momentos críticos han sido provocadores de esta fuerza rizomática en la Arquitectura en Latinoamérica. Podríamos ir tan lejos como hasta hace 14.000 años, cuando América se poblaba, o hasta hace 8.000, cuando la agricultura daba paso al sedentarismo y a las primeras poblaciones fijas. Pero no fue sino hasta hace 3.000 que los primeros núcleos urbanos florecían y surgían los primeros grupos sociales diferenciados en nuestro continente, y junto con ellos los primeros legados arquitectónicos, los primeros momentos de incertidumbre, inesperados, críticos, que de alguna manera permanecerían y enriquecerían el porvenir de nuestra arquitectura en el futuro.

Ahora es ése futuro y luego de siglos y siglos de sucesión de momentos críticos nos preguntamos muchas cosas: ¿Cómo entender a Latinoamérica y a su arquitectura? ¿Porqué nuestras sociedades, nuestras ciudades, nuestros edificios son como son? Comprender lo que nos rodea, comprender lo que hacemos y porqué lo hacemos. En resumen, comprendernos, es un paso, una etapa, un estrato en el deseo de valorización. Y la valorización, con un poco de suerte, tiende del desarrollo. El entendimiento y conocimiento está ligado con el relacionar y articular sucesos, en unir líneas de fuga, aperturas y permanencias en todas las etapas posibles de la existencia de cualquier cosa, y en éste caso,

de la arquitectura, la ciudad y las sociedades latino-americanas.



## Las Relaciones



Vista aérea de São Paulo, Brazil. Después de las ciudades de Nueva York y Hong Kong, es la urbe con más rascacielos en el mundo y la ciudad con más densidad de habitantes por Km<sup>2</sup> en Latinoamérica.

Todas las grandes urbes del mundo existen gracias a una serie de interacciones entre infinitas variables en una cantidad innumerable de estratos o acontecimientos, a pesar del aparente desorden y caos que impera en muchas de ellas. En la ciudad es donde todo confluye. Desde su traza urbana, que condiciona muchas de sus características y percepciones externas físicas, su clima, su historia, su gente, su salud y educación, sus medios de transporte, su arquitectura, que vemos como variables generales y bastante amplias, hasta aquello que sólo dura unos momentos y sucede todos los días, todo el tiempo, como algún accidente, un desastre natural, una gran discusión familiar o política, un festival callejero, un atentado terrorista, la final de algún deporte, una epidemia de alguna enfermedad prácticamente

desconocida, lo que algún político decide, o la llegada de alguien famoso. Y la lista interminable sigue y sigue, sin haber mencionado que mientras lo que sucede dentro de una misma ciudad la construye y transforma, lo que sucede en otras ciudades y en otras regiones del planeta, y actualmente no importando que tan lejos estén, también repercute de alguna u otra forma en las demás, ya sea instantáneamente -sobretudo en términos financieros o de intercambio de información-, o poco a poco -influencias culturales-. Una ciudad es hogar de una sociedad, producida originalmente por individuos, y sus acciones e interacciones, la cual, al estar ya constituida, en este caso, al ser ciudad, produce individuos. En resumen, las ciudades son elementos dinámicos, abiertos, cuya supervivencia se mantiene bajo una capa, un estrato de desorden “simulado” o aparente. Es por esto que cualquier ciudad es una ciudad-rizoma.

¿Y las ciudades Latinoamericanas? Si bien es innegable la naturaleza rizomática en el dinamismo y la vida citadina en Latinoamérica, como lo es en cualquier ciudad del mundo, una de sus características, que ha permanecido desde hace milenios y que debemos recordar que no es la única, parece no apoyar la idea de una verdadera ciudad-rizoma. Mientras que un rizoma se alimenta y adquiere fuerza en sus extremos, sus aperturas, su marginalidad, quitándole fuerza al “centro”, a la hegemonía, las ciudades latinoamericanas tienden a ser extremadamente densas, centralizadas y centralizadoras. Esto conlleva varias consecuencias que se

contraponen a lo rizomático: por una parte permite un gran auge constructivo, que se dio desde los primeros núcleos urbanos del continente: Teotihuacán, Tikal, El Tajín, Monte Albán, hasta las grandes metrópolis contemporáneas: Buenos Aires, Ciudad de México, Lima, Río de Janeiro, São Paulo, Caracas, Bogotá. Pero tal concentración de poder, explotación, caos, energía y desarrollo provoca un gran desequilibrio, que al momento de que ocurre una crisis, ya sea económica, militar, climática, ecológica o de cualquier otro tipo, caen en grave peligro.

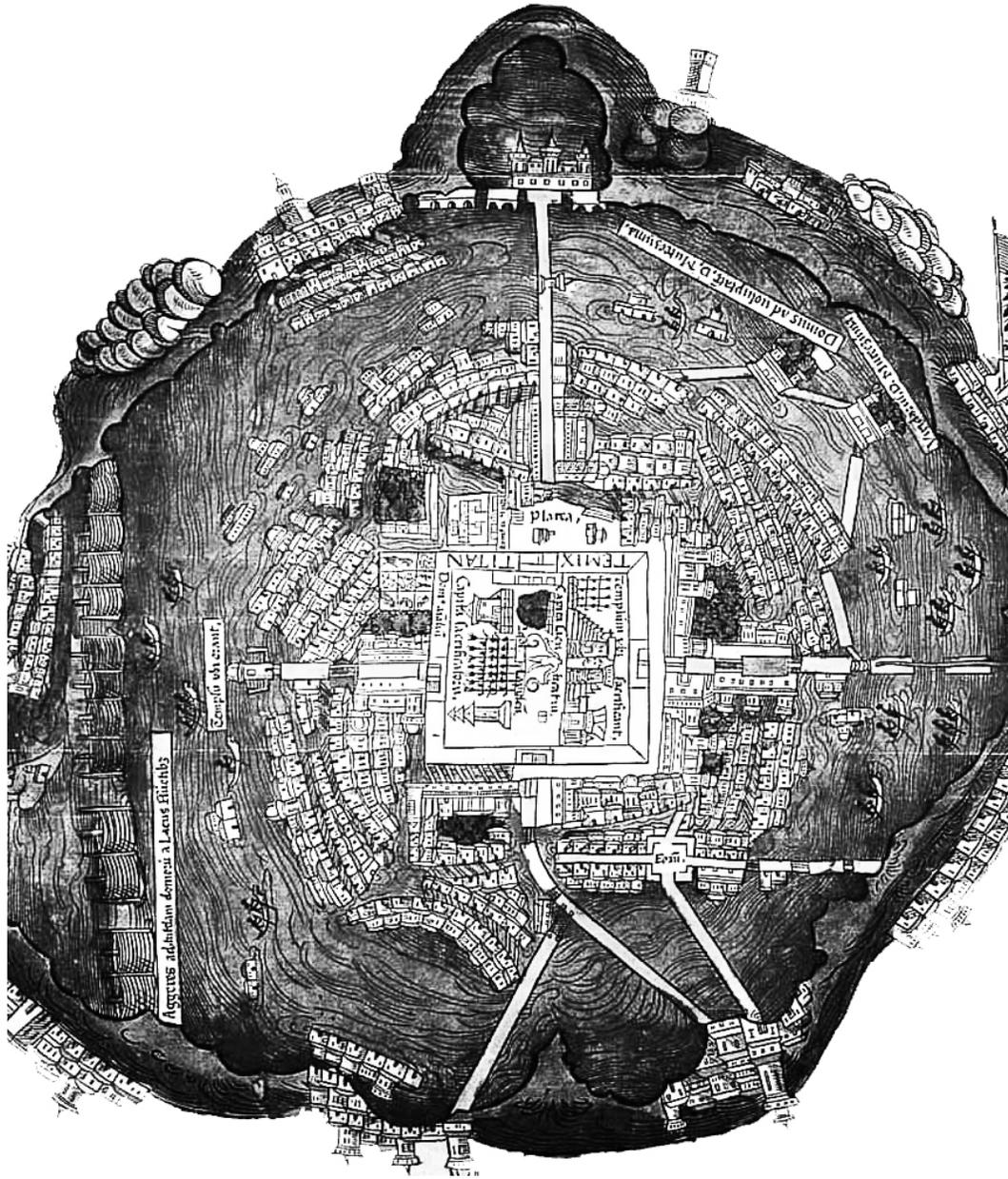
En el pasado milenario, las ciudades de América Latina ya eran regiones muy densas y centralizadas. En Mesoamérica, con Teotihuacán -monumental y con un trazo urbano regular- con Tula y Cholula, y con Monte Albán y Tikal, cuyas edificaciones que casi a cualquier escala aprovechaban la topografía, aunque todas con un desarrollo “desordenado” o aparentemente aleatorio de vivienda en la periferia. Gracias a esto y a un desarrollo comercial y militar superior, el poderío económico y político se mantenía en pocos núcleos urbanos. Pero curiosamente, todas éstas urbes precolombinas fueron abandonadas con relativa rapidez, o conquistadas en muy poco tiempo. Estos abandonos, estas rupturas se cree fueron a causa de un grave desequilibrio, ya fuera natural -como las grandes sequías- o anti-rizomático y centralizador, porque aún cuando el desarrollo de las dependencias de un núcleo urbano se estancan, las teorías del estado fragmentario sostienen que eso no es la causa primordial de su desaparición. Tal fue el

caso de los Quichés -descendientes Mayas- durante el periodo Postclásico, que al fragmentarse éstos últimos, pudieron todavía florecer como una sociedad aparte, fundando su propia capital, Utatlán.

En Sudamérica también hubo grandes desarrollos y se fundaron grandes núcleos urbanos. Los Chimús, en Perú, tenían como capital Chan Chan, una aglomeración de 11 núcleos urbanos, organizada en una sucesión de plazas, templos y palacios. A la par, el imperio Inca, así como sus ciudades, Quito, Caxamarca y Cuzco, su capital, crecían gracias a una excelente infraestructura comercial, hasta que a finales del siglo XV, conquistaron Chan Chan, mientras que en Brasil, Chile y Argentina perduraban las tribus de cazadores, recolectores y pescadores, tan sólo 50 años antes de la llegada española.

A pesar de la decadencia o abandono muchas veces inexplicable de las antiguas ciudades Mesoamericanas y paralelo al desarrollo del incanato, en 1325 los mexicas retomaron esa idea centralizadora para su desarrollo, convirtiendo su capital, Tenochtitlan, también con un trazo regular y con calzadas, en el centro nodal de urbanización y poderío militar, económico y político de toda la región central de México. Un centro que, sin saberlo, permanecería sin alteración en su importancia para siempre.

Las grandes crisis, las grandes rupturas en la América Latina prehispánica -según en lo que se concentra



Mapa de Tenochtitlan. Realizado poco tiempo después de la llegada de los españoles a América.

esta tesis- no son momentos en los que la sociedad, su arquitectura y sus ciudades encuentran una forma de perdurar o desarrollarse. Éstas interrupciones fueron definitivas y cerradas -ciudades abandonadas, culturas completas que eran disminuídas casi a nada en pocos años, conquistas-, y todas ellas producto en parte de la concentración de todo tipo de poder.

Irónicamente, la mayor ventaja de las grandes civilizaciones del continente, ya que en realidad no eran enormes poblaciones difíciles de controlar, se convertiría en su mayor desventaja durante la conquista del siglo XVI, producto de la segunda expansión transoceánica de españoles y portugueses. Con núcleos urbanos aislados, centralizados, fragmentados entre sí o enemistados que arrasaron en ambas regiones y con varios enemigos de los mexicas como aliados en México, la conquista fue relativamente rápida y, gracias a la introducción de nuevas enfermedades, aplastante. Ruptura más fuerte no experimentó el continente sino hasta 300 años después.

La capital de la Nueva España fue fundada sobre la traza, las ruinas y con las piedras de la antigua Tenochtitlan, convirtiéndola en centro de operaciones para la conquista del norte y Centroamérica. La centralización se mantuvo y adquirió fuerza. Su traza urbana se basó en la original mexicana, además de las que serían comunes imposiciones ideológicas europeas: Vitruvio, Santo Tomás de Aquino, Hipodamo. Cuyas características fueron el trazo ortogonal, la plaza mayor,

catedral y palacio en una zona sagrada central -poder político y religioso; España pasaba en esa época por una etapa de fanatismo religioso, de misión salvacionista-, y el entrelazado urbano por medio de una sucesión de plazas. Éste modelo es eficiente y muy similar al modelo mexicano, pero tiene una diferencia irreconciliable con la traza y la forma de vivir indígenas: La vida mexicana, y prácticamente todos los estilos de vida indígenas en América Latina, eran primordialmente exteriores, donde la existencia de todos los individuos se basaba en la agricultura, el comercio en grandes y caóticos mercados o en las ceremonias religiosas a pie -no dentro- de los monumentales templos, mientras que la vida occidental, y sobretodo religiosa, era cerrada e interior. Además un trazo urbano con manzanas cuadradas -por su misma monotonía- tiene poco dinamismo visual. La vida monumental se convierte en vida demarcada y cerrada. El desenvolvimiento de la vida individual y de la vida colectiva cambia y se invierte.

Ésta diferencia marca el inicio de una incompatibilidad entre indígenas y europeos, que provocó un desconocimiento y un desprecio gradual del mundo prehispánico y una muy difícil reconciliación entre ambas sociedades y formas de vida. Reconciliación que se intentó en la arquitectura, que tuvo -y tiene- la oportunidad de revertir, integrar y articular esas diferencias, teniendo ya varios experimentos ejemplares, como las capillas abiertas en las iglesias evangelizadoras de la Nueva España, Las Ciudades Universitarias de la UNAM en la

Ciudad de México y de la Universidad de Venezuela en Caracas, el edificio de la CEPAL en Santiago, y la obra de arquitectos como Eladio Dieste, Rogelio Salmona, Severiano Porto y Luis Barragán, mencionados anteriormente y reconsiderados en capítulos posteriores.

La conquista en Sudamérica, si bien también se consolidó en pocos años, no tuvo la contundencia ni la influencia cultural europea que experimentó lo que hoy es México, al menos al principio. Las ciudades Incas fueron sólo levemente adaptadas luego de ser conquistadas, ya que al sur del continente la conquista se basó en la fundación de nuevas poblaciones, además del traslado de la capital de Cuzco a Lima por Pizarro, rompiendo con el poco desarrollo costero y el gran desarrollo interior del antiguo imperio, pero de alguna forma continuando con aquel surgimiento espontáneo y desarrollo posterior de las grandes ciudades prehispánicas. Como consecuencia, en Sudamérica no existió el mestizaje que caracterizó a la población de la Nueva España. Es por esto, y por muchas otras circunstancias sobretodo sociales y culturales, donde lo anti-rizomático pierde fuerza en el continente, y que se desarrollará en capítulos posteriores.

Pero aquella centralización eventualmente imperó también en el sur, donde un territorio conquistado 20 veces más grande que el territorio que lo gobernaba cruzando el océano, conformaba sólo 4 virreinos: Nueva España, Perú, Nueva Granada y Río de la Plata. Todas las demás poblaciones, sedes de audiencias, re-

ales de minas, puertos y centros de adoctrinamiento religioso, eran controlados y dependían de éstos 4 virreinos. Hasta el día de hoy, las capitales de estos virreinos, junto con otras pocas ciudades como Caracas, Quito y Santiago, siguen siendo el centro neurálgico y superior de sus respectivos países.

Si ésta división refleja la centralización en el continente, a otra escala, éste anti-rizomatismo era aún más extremo. América Latina fue hasta el siglo XIX un continente rural. Durante los virreinos, la tierra cultivable o aprovechable fue dividida en propiedades de enormes superficies, difícilmente controlables, con poca población trabajadora y de baja productividad, tal vez herencia del “estancamiento” del medioevo Europeo. Estas propiedades, que comprendían 62.5% del continente, controladas por el 1% de la población, eran las haciendas y latifundios, el inicio de los monopolios transnacionales, cuyo modelo perduraría hasta el siglo XXI y se extendería a todos los estratos económicos de la región.

Si bien la mayor parte del continente experimentaba los mismos cambios, en Brasil, la situación era distinta. El reino de Portugal no intervino fuertemente en el país, además de que no había grandes poblaciones indígenas (la mano de obra era importada de África), y poco a poco empezó a perder interés. Se otorgaron enormes territorios a capitalistas privados, impulsando una explotación extrema del territorio, siendo esto la versión brasileña de la monopolización. El trazo de

sus ciudades también era ortogonal como en Bahía, aunque muchas veces esto era difícil por la topografía. Además, casi todas las poblaciones se establecieron en la costa, como Río de Janeiro, por lo inhóspito del interior selvático. En el último tercio de su periodo colonial, Brasil se salvó del colapso gracias al descubrimiento de oro al interior del continente, con lo que se fundaron las primeras poblaciones no costeras, que se convertirían, entre otras, en Curitiba, Ouro Preto y Belo Horizonte.

Irónicamente, los puntos de inflexión, los rompimientos y transformaciones urbanas físicas durante el virreinato, en vez de generar ciudades rizomáticas, mantuvieron justamente lo contrario. Si bien existía una excelente red urbana, las pocas grandes capitales hegemónicas, la cada vez más marcada centralización, la transición de un modo de vida más interrelacionado con la tierra, con la ciudad y con su gente a uno mucho más individualista y europeizado, y la fundación de nuevas poblaciones o expansión de las ya existentes bajo un modelo urbanístico repetitivo, cerrado y muchas veces descontextualizado -lo que provocó que muchas ciudades tuvieran que ser re-fundadas varias veces-, aumentaron el anti-rizomatismo de las ciudades latinoamericanas, no tanto en lo social o ideológico, sino en lo físico.

Durante siglos ésta centralización formal en el resto de América Latina se mantuvo. Y en el siglo XIX, con los movimientos independentistas gestándose y

consolidándose por todo el continente, ésta desafortunadamente se intensificó: Para la primera mitad del siglo XIX, el continente estaba vacío y continuaba siendo predominantemente rural. Su red urbana era casi idéntica a la de 300 años atrás, y se encontraba en un estanco político, social, cultural, arquitectónico y económico. Eran un conglomerado de naciones nacientes, inexpertas. Pero la propia explosión de los movimientos independentistas por todo el continente -la segunda gran ruptura que se mencionará- si bien dio como resultado que física y geográficamente lo anti-rizomático permaneciera varios años más, fue en sí un conjunto de sucesos rizomáticos empezando por el simple hecho de que fueron rompimientos en la centenaria organización, control y manejo del continente. En los capítulos siguientes se justificará más el porqué estas “independencias” fueron, a final de cuentas, rizomáticas.

Dentro del tema de la centralización física, de la concentración, el continente permaneció relativamente igual aún después de las emancipaciones. No fue sino hasta la década de 1860 que la situación cambió, o mejor dicho, empeoró (bajo el punto de vista del rizoma): Las condiciones sociales deplorables de Italia y España por la invasión Napoleónica y la disponibilidad de enormes cantidades de materia prima como cereal, lana, café y carbón, provocaron una inmigración masiva a Latinoamérica. Aunque muchos llegaron a regiones prácticamente despobladas como Uruguay y Argentina, el resto decidió invertir en infraestructura

para las grandes ciudades, construyendo bancos, ferrocarriles, puertos, sistemas telegráficos y telefónicos, y servicios urbanos, aumentando la hegemonía de las ya ciudades principales. Los centros regionales y más aún el medio rural quedaron casi irremediabilmente rezagados.

Décadas después, el siglo XX trajo poco alivio a las ciudades físicamente anti-rizoma -porque en otros aspectos como los culturales e ideológicos siempre fueron rizomáticas-: Una nueva inmigración extranjera más calificada de Francia e Inglaterra, cuyas ideas revolucionarias, de industrialización e Ilustradas se identificaban con un sentimiento anti-colonialista en nuestro continente, trajo consigo una segunda oleada de nueva y mejor infraestructura, facilitando aún más el acceso a las mismas grandes urbes: Buenos Aires, Lima, la Ciudad de México, y a algunas más recientes: Río de Janeiro y La Habana. Su supremacía demográfica, económica, política y cultural se consolida.

Si bien esta vez la centralización fue alimentada por las líneas de fuga de otros acontecimientos mundiales, hayan sido de progreso y desarrollo o de infortunio por guerra o conflictos sociales, el objetivo de estas relaciones y alimentaciones, así como el resultado, siguieron siendo los mismos: la supremacía de las mismas ciudades en plena urbanización o “modernización” no sólo permanecía, sino que aumentaba. Es así como defino a la *ciudad antirizoma* en América Latina -que

no es una ciudad en sí, o lo que define completamente a nuestras ciudades, sino sólo un aspecto de las urbes del continente-: *Una ciudad físicamente centralizada y aislada, cuya concentración y monopolización de poder -junto con todos los beneficios y perjuicios que esto conlleva- sólo provoca que esas características aumenten al pasar el tiempo.*

Mencioné que la ciudad antirizoma es en realidad sólo una característica de las ciudades de América Latina y es porque hay una diferencia fundamental de éste proceso de centralización y urbanización masivo con otros como el europeo: La industrialización no había sucedido en nuestro continente. A diferencia de Europa, donde ciudades ya establecidas y desarrolladas -sobre todo en lo social- fueron gradualmente beneficiadas por las recompensas inmediatas de su propia industrialización, del otro lado del Atlántico el proceso fue inverso, provocando un grave impacto ambiental, una explosión demográfica casi incontrolable y por lo tanto una demanda de servicios imposible de satisfacer, un desarrollo irregular y limitado -lo que hoy se convirtió en las casi infinitas favelas y manchas urbanas con pobre infraestructura y servicios- y un déficit enorme de vivienda. Todo esto agregando una migración masiva del campo a la ciudad durante la crisis de 1929, nuestras ciudades terminaron con una estructura social y económica inadecuada, incompatible entre la sociedad ya establecida y normalizada y las masas inmigrantes y desarraigadas, casi condenatoria a

una permanente e ineludible segunda categorización.

He ahí un punto clave -y la demostración que lo anti-rizomático no es lo único que caracteriza a nuestros centros urbanos- en el desarrollo de las ciudades aparentemente antirizoma, en los problemas que creemos irremediables de nuestras ciudades, y que aumentan en cantidad y dramatismo exponencialmente. Y es justo ahí, donde a pesar de siempre parecer ciudades antirizoma en la superficie -en lo físico y en sus relaciones con ciudades menores y el campo- en el fondo las consecuencias, las rupturas, las transformaciones y más específicamente la mezcla y sincretismo permanente en ellas de culturas e ideologías demuestran que el desarrollo rizomático es inevitable.

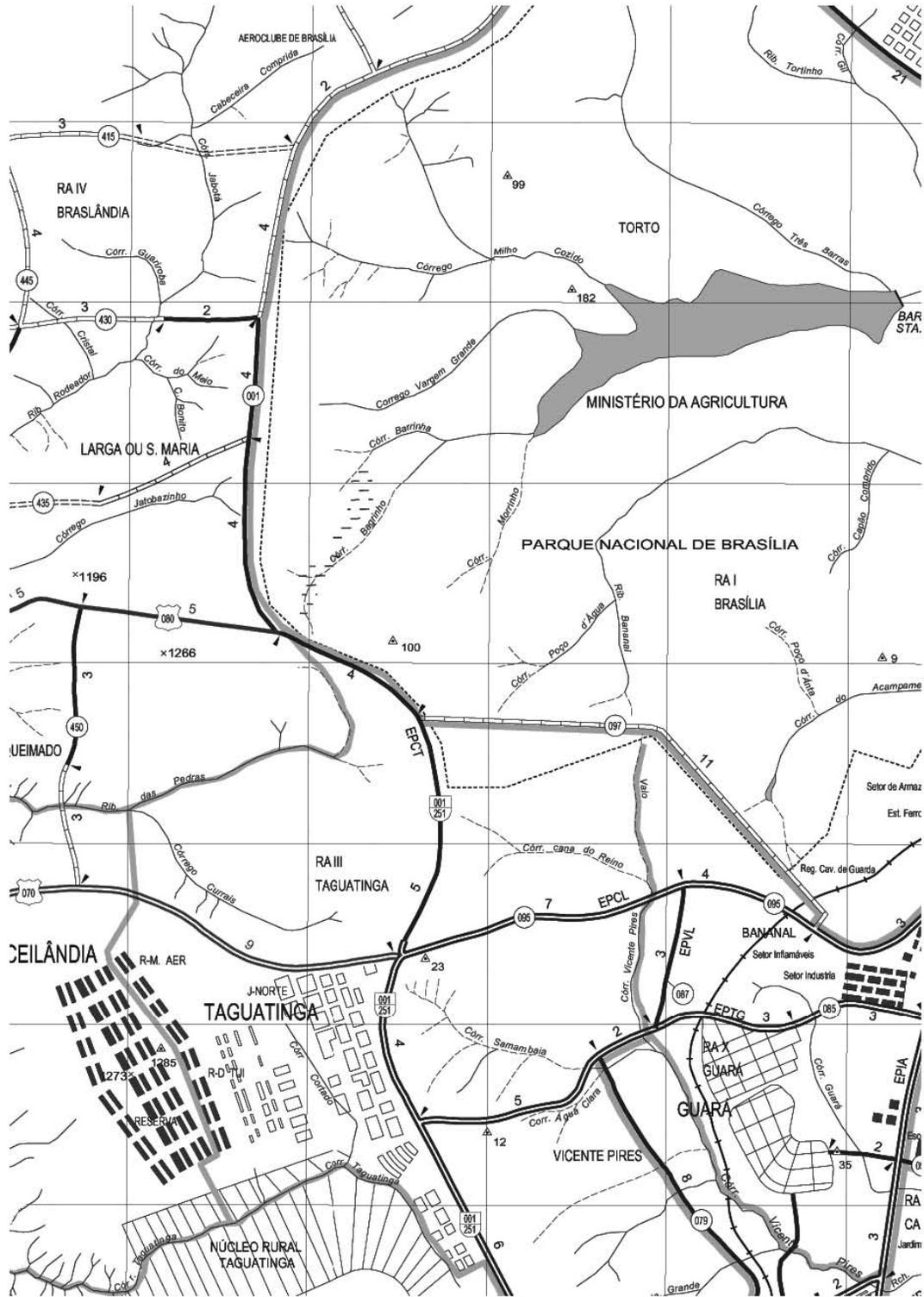
Un ejemplo paradigmático de este concepto de ciudad anti-rizoma que se vuelve rizoma en Latinoamérica es la ciudad de Brasilia. Una urbe planeada y construída con el objetivo de concentrar y centralizar el poder político de Brasil. Sus dos principales planeadores urbano-arquitectónicos, Lucio Costa y Oscar Niemeyer proyectaron la ciudad con base en un eje monumental frente a un lago artificial (el Paranoá), que se asemejaba a las alas de un avión y que concentrara los edificios federales, diplomáticos y de gobierno. Hasta la localización de la ciudad tendió a acercarse al centro geográfico del país.

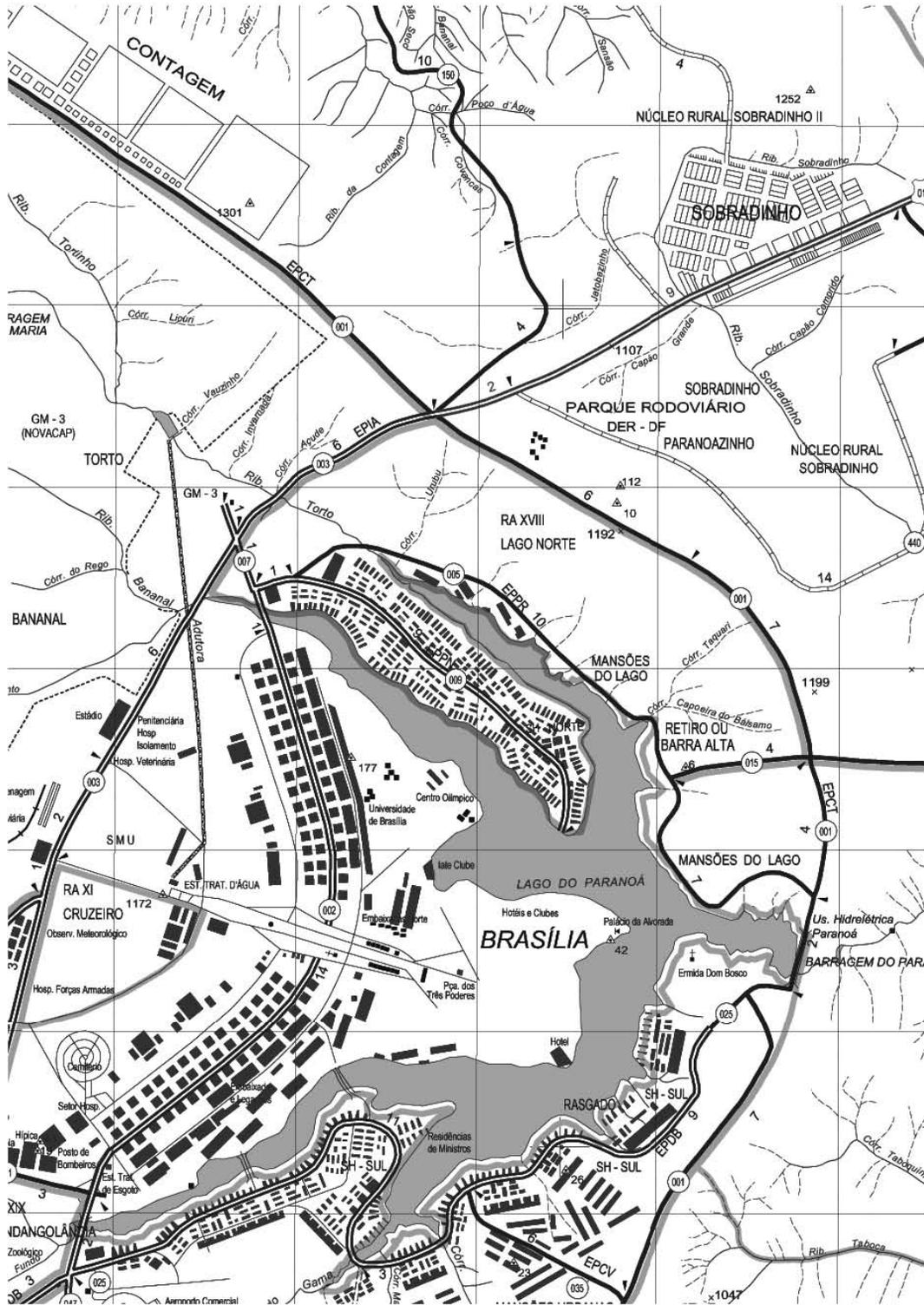
Brasilia fue construída siguiendo parámetros y expectativas de crecimiento cerrados. Planeada sólo para

medio millón de habitantes -burócratas y demás staff-, pero para el siglo XXI ya contaba con una población cinco veces más grande, debido a las constantes migraciones de todas partes de Brasil en búsqueda de mejores empleos (desde la primera década después de su inauguración, ésta ya contaba con *favelas* y un par de ciudades satélite). Para la década de 1990, Brasilia ya tenía cinco ciudades satélite: Gama, Ceilândia (con una población actual mayor a la de la propia Brasilia), Taguatinga, Sobradinho y Planaltina. Sólo Gama y Sobradinho fueron planeadas, mientras que el resto surgieron como una simple repartición de lotes para los marginados, sin servicios ni infraestructura.

Además del eje monumental, las zonas habitacionales de Brasilia fueron construídas a base de súpermanzanas, *Súperquadras*. Éstas eran grupos compactos, densos y centralizados de departamentos. Cada uno contaba con su respectiva repartición de escuelas, comercios, supermercados y zonas de esparcimiento, muy a la *Ville Radieuse* de Le Corbusier. Estos grupos de vivienda estériles y *elegantemente monótonos* no duraron así mucho tiempo. En pocos años fueron poco a poco “adornados”, “humanizados” por sus mismos ocupantes y muchos de los espacios verdes y plazas, comparados constantemente con basueros o zonas hinóspitas, fueron adecuados paisajísticamente con gran cantidad de plantas.

Éstas características actuales en Brasilia, tanto en el ámbito arquitectónico como en el urbanístico son claros





Mapa de Brasília (centro-derecha) y sus cinco ciudades satélite.

ejemplos que aún cuando se pretenda generar un sistema, una urbe cerrada, predecible, densa y concentrada, ésta inevitablemente tenderá a lo contrario, a ser algo más rizomático que a ser una ciudad anti-rizoma.

Y consecuentemente surge una pregunta ¿Entonces cómo podemos aprovechar ése desenvolvimiento complejo y rizomático? Sin la creación de nuevos mapas de relaciones en otros estratos de la historia del continente, sin encontrar otro tipo de rupturas en su desarrollo, ésas preguntas son irresolubles o, por lo menos, mucho más irresolubles. Así que debemos hallar y exteriorizar éstos nuevos mapas y éstas rupturas que transformaron o hicieron permanecer lo que ahora caracteriza a nuestras ciudades o si provocaron que algo ya no exista más. Y es en el resto de este escrito donde se pretende describir lo rizomático de un par de mapas y rupturas “hallados” en la historiografía en América Latina.

Además, debemos pensar que la ya mencionada antirizomática centralización es consecuencia de profundos cambios o estancamientos sociales, los cuales no son necesariamente anti-rizomáticos. Es más, una característica que aparentemente va en contra del rizoma puede ser en realidad un punto en el cuál éste rizoma cambió de curso, fue interrumpido, decidió crear una línea de fuga para seguir en movimiento y transformación, manteniendo su dinamismo. Y es en éste dinamismo de la sociedad -o falta de dinamismo-, en donde lo originario se permea con lo “moderno” e imperante, donde las costumbres de hace 700 años son parecidas

a las de hace 10, donde está el verdadero rizoma en nuestro continente.





Suburbios de la Ciudad de México. Fotografías de Pablo Lopez Luz. 2006



Ciudad  
Nezahualcóyotl,  
México. 2000  
¿Urbe planeada y  
*ordenada* en to-  
dos los aspectos?

La verdadera naturaleza de algo es lo que siempre permanece. Tal vez no siempre se manifiesta con la misma intensidad, pero invariablemente está ahí. Es en momentos de profundo cambio cuando ésta se revela, aunque con distinta intensidad cada vez. Es en una crisis, en una ruptura -ya sea grande o pequeña- donde se entrevé lo esencial. Las grandes rupturas serán las que nos dejen comprender porqué nuestras ciudades son también ciudades rizoma.

Empezamos por una de las ideas más comúnmente asociadas a las ciudades de nuestro continente: que cada gran ciudad en el continente es una ciudad de masas, anónima, heterogénea, internacional y globalizada, como todas las demás. Pero que también es caótica,

agitada, emocional y casi incomprensible. Es como una ciudad desobediente, una ciudad salvaje.

Desde el inicio esto dejó entreverse. Los conquistadores vieron, al llegar a América, una realidad, para ellos, amorfa e inerte. No creían, o no podían comprender la forma peculiar de concebir al universo, o la apertura y la autonomía de los pueblos indígenas. Por eso, las ciudades coloniales, una vez consolidada la ocupación, fueron fundadas bajo principios (casi) completamente opuestos: Ciudades homogéneas, estables y de una sola ideología oficialmente aceptada. Pero fue la contradicción y la ironía en la que cayeron al fundar ciudades con modelos importados las que terminaron con estos principios durante los siglos siguientes. ¿Cómo espera una sociedad estabilidad cuando todo el proceso para lograrla se basa en el rechazo, el cierre o en la indiferencia hacia todo lo distinto?

Otra característica fue esa misma ignorancia hacia lo que ya existía en el continente. Al no haber reglas para lo que según los conquistadores “no existía” o no entendían, eso le permitió al mundo prehispánico penetrar lentamente –por los márgenes, por las rupturas– en la sociedad de la “Nueva Europa”. Latinoamérica ya era caótica para entonces. Muchísimas culturas compartían territorios sin fronteras oficialmente delimitadas. Gran parte de las ciudades prehispánicas estaban abiertas a su alrededor. Hasta las militares lo estaban (a excepción de aquellas que surgieron y se desarrollaron casi en su totalidad durante el Epiclásico como



Mapa de la ciudad de Callao, en las afueras de Lima.

Cantona, en Puebla): En lugar de fortificarlas, eran construidas en lugares estratégicos. Ésta apertura, este préstamo cultural, facilitaba el intercambio y el enriquecimiento con otros pueblos.

Todo lo anterior fue fundamental para que se gestara una lenta transformación, un lento cambio en las ciudades. Este cambio, ésta primera ruptura, este primer paso -de la apertura al cierre- no tuvo más remedio que ceder ante el caos latinoamericano, y poco a poco volverle a dar autonomía a sus sociedades, que lograron encontrar soluciones a sus propios problemas, aun cuando éstas no tuvieran gran influencia en occidente.

Otro rompimiento fue producto del primero: El crecimiento de la burguesía, o mejor dicho, de la clase pudiente en lo económico de los virreinos, conformada por criollos y mestizos afortunados.

Por una parte, la sociedad barroca, la “aristocracia” con su “vieja” riqueza, hizo prosperar ciudades como Puebla, Guanajuato, Arequipa, Popayán o Taxco, pero la burguesía poco a poco ganaba importancia. Una burguesía que traía consigo mestizaje (en México), arraigo, progreso, riqueza propia y un poder que lentamente crecía, hasta convertirse, alimentados por movimientos como la Ilustración, en deseos de sublevación, primero en ciudades como Caracas y países como Panamá y luego a una escala mucho mas grande.

Además, este grupo social le devolvió a nuestro conti-



Mapa de los 4 virreinos en América hacia 1800.

nente algo de la apertura que tenía en el pasado, pero a una escala diferente. La introducción al mercantilismo –como en Brasil, al entrar al mercado mundial de azúcar-, al imperialismo y eventualmente al capitalismo hizo que Latinoamérica recuperara su apertura. Sólo que esta vez, la apertura, la integración, era con el mundo entero y esta vez en el ámbito económico. Pero así como le devolvió algo, también la siguió privando de otro elemento importantísimo: El deseo de sus habitantes de ascenso social individual impedía de cierta forma la integración social. Aunque ya comenzaban a existir dos grupos o estratos sociales con poder e influencia, el resto, las castas inferiores -desde los mestizos sin poder hasta los zambos y mulatos-, seguían en el estanco y la miseria.

Para entonces, los intercambios comerciales que mantenían con vida al continente pasaron de ser internos -con México y Cuzco como hegemonías- a externos, donde además de las capitales interiores, las capitales-puerto como Lima y las ciudades-emporio como Veracruz y Buenos Aires se convirtieron en los centros económicos de los virreinos.

Además de los quebrantamientos en la vida en las ciudades, también se dio una ruptura física en ellas. La plaza, una aparente permanencia de un elemento prehispánico resultó ser algo distinto. En las culturas precolombinas, las plazas eran resultado de la construcción de la ciudad, y cada una tenía un significado y un origen único. Durante la conquista, si bien los edificios



Vista de Monte Albán, Oaxaca, México. Las plazas y los edificios en las ciudades prehispánicas tienen la misma importancia, ya que la vida exterior y comunitaria era esencial en la vida de sus habitantes.

más importantes eran concebidos junto con las plazas principales, este “binomio” se convertía en un modelo que se repetía en muchas ciudades. De la plaza principal surgían las calles principales –y de ellas las plazas secundarias que se convertirían en los centros de barrio- y se edificaban los centros de poder. Las plazas virreinales -a diferencia de las precolombinas- eran producto de una fórmula que se repetía sólo con leves adaptaciones, y comenzaban a convertir en algo predecible y emocionalmente inerte a la ciudad. Pero hoy en día, gracias a este sincretismo cultural, a esta adición de elementos característicos en cada plaza principal de cada ciudad, estos elementos “inertes” y “predecibles” ahora son únicos y representativos.

Tal vez la decadencia peninsular comenzó al mismo tiempo en que la conquista se aseguraba, y hay en la arquitectura una señal que lo confirma. Es extrañamente en la arquitectura de los estratos superiores de la sociedad y en la religiosa -ambas construídas por indígenas y esclavos- donde el propio modelo occidental comienza a debilitarse, prediciendo una ruptura. La señal fue lo que se conoce como Barroco Mestizo.

Si bien los indígenas terminaron por aceptar lo impuesto, es porque ya habían comenzado a asimilarlo y a traducirlo a su propio lenguaje, muchas veces con ayuda de conquistadores cultos. Además, habían logrado conservar su vestimenta, su comida, las curas a sus enfermedades, sus costumbres, sus ideas y hasta su manera de cultivar y de vender en los mercados. Y todo

esto se mezclaba cada vez más con lo peninsular. Una clase alta hispánica que tolera una virgen morena está anunciando que ha asimilado elementos de la cultura vernácula (Romero-José Luis, 2010). Los descendientes de Españoles estaban cada vez más arraigados y los mestizos eran cada vez más necesarios, porque servían de puente entre los indígenas y los españoles.

En casos como el de la Nueva España, dentro del inevitable mestizaje cultural, una de las asimilaciones que lograron los indígenas fue la integración artística que de lo que es el Barroco Mestizo, ya mencionado. Y no fue en las ciudades donde esta asimilación y expresividad fueron más notorios, aunque no faltaron ejemplos en los núcleos urbanos. Fue en el medio rural donde las formas de vida originarias permanecieron, además de que la imposición occidental era mucho más débil. El resultado fue una combinación de elementos emocionales y fuertemente simbólicos –provenientes de la tradición indígena- con técnicas racionales, aprobadas e importadas de la arquitectura europea. La iglesia de Santa María Tonantzintla en lo que hoy es Puebla es un ejemplo extraordinario de estas combinaciones. Es aquí donde la forma desprovista de contenido simbólico, gracias a una “aprobación”, asimilación y reinterpretación, se dota de nuevos significados -de forma, ideológicos o de ambos-, de alguna u otra manera ajenos a sus orígenes.

En un rizoma todo se relaciona con todo, y hasta un orden impuesto y una aparente equilibrio, junto con

otras rupturas más pequeñas -descritas en los capítulos anteriores y en los próximos- pueden provocar grandes crisis en el desarrollo de una sociedad y del lugar en donde vive. Poco a poco evolucionan, se relacionan y se alimentan de otros pequeños rompimientos. Un ejemplo de éstas crisis, éstas grandes rupturas fueron los movimientos independentistas.

Aunque las ciudades y la arquitectura no cambiaron mucho durante estos años (la influencia neoclásica vendría después), si existieron otros cambios profundos: El poder económico de la clase pudiente -como puente entre campo y ciudad- ya era innegable. Se habían convertido en un estrato social dinámico y progresista. Fueron ellos mismos -con el apoyo de grandes cantidades de indígenas y demás castas “inferiores”-, mucho más arraigados a América que a Europa, los que iniciaron las insurrecciones. Pero fue la misma Europa el catalizador final de los levantamientos. Un siglo antes, la monarquía había empezado a imponer reformas inspiradas en la Ilustración, con lo que se fundaron muchos institutos de investigación y academias en América. Esto cultivó a las clases altas, las que tenían acceso a la educación, la cual después de más de diez generaciones ya estaba más que arraigada al nuevo continente. Una población (españoles nacidos en América) educada bajo los principios de libertad e igualdad, enraizada a un lugar dependiente de otro, y heredera del control económico y de recursos del territorio, no le queda más que desear la independencia. Y con el avance napoleónico en Europa, sentía que era el

momento perfecto. Fue entonces que los movimientos empezaron en Perú y Chile. El resto del continente no tardó en unírseles.

En este periodo, si bien las sociedades comenzaron a cambiar profundamente, las ciudades se veían casi igual. Muy lentamente se expandían ya que continuaban las migraciones desde el campo, y cada vez tenían más servicios e infraestructura. El retorno de la suntuosidad en la arquitectura vendría después. La ciudad dual, jerarquizada permanecía. En el día los grupos sociales estaban forzados a convivir, con lo que la mezcla continuaba: lo cristiano con lo vernáculo, español con náhuatl, las costumbres de unos con las de los otros. Pero de noche los grupos se separaban en barrios excesivamente diferenciados, donde las periferias eran pobladas por los trabajadores, migrantes y relegados. Así fueron los primeros años después de las revoluciones.

Para las ciudades-rizoma, la sociedad rural –específicamente las migraciones masivas del campo a las urbes– fue fundamental en las primeras transformaciones de lo que serían las ciudades de masas de hoy, las ciudades que eran promesa de progreso. La constante inclusión de multitudes con sus propias reglas, valores, idioma, costumbres y leyes aceleró esa transformación. Y aún cuando en las revueltas hubo una especie de alianza entre los campesinos y lo que se puede llamar la burguesía, al consolidarse las independencias, la integración social fue ignorada (tal vez no por egoísmo, sino por la cantidad de problemas y cambios que sufrieron

las nuevas naciones). La sociedad rural seguía siendo considerada inferior. Pero justo en esos momentos surgía un movimiento cultural que, en reacción a los cambios exponenciales de la Revolución Industrial en occidente, sobreponía la inspiración genuina del pueblo por sobre la racionalización de la naturaleza. Fue el Romanticismo, o su equivalente en los estratos “incultos”, lo que le permitió expresarse, o por lo menos no ser completamente ignorada, a la sociedad rural. La emoción y la razón fueron forzados a coexistir.

Si bien los países del continente se habían independizado políticamente de las metrópolis, la dependencia económica permanecía. Río de Janeiro se había convertido en la capital de Brasil, y aunque ya no le respondía al reino de Portugal, tuvo que convertirse en el puente comercial entre todo el país e Inglaterra. La situación era similar con el resto de los países. Francia, Inglaterra y los Estados Unidos se convertían en las nuevas metrópolis.

La Revolución Industrial, ya un hecho en esas metrópolis, representó el siguiente gran quiebre. Presionaba a la nueva sociedad latinoamericana, inestable y heterogénea, iluminista y romántica, urbana y rural, progresista y conservadora, afirmando que el continente debía integrarse al progreso occidental. Y fue así como mejoraron las exportaciones -como el café en Brasil-, pero las deudas por importación aumentaron, junto con la demanda de mano de obra barata que escaseaba por la abolición de la esclavitud y las constantes epide-

mias. Ésta presión tuvo graves consecuencias: Toda industria perfeccionada que se introduce en un país que carece de industrias rudimentarias, lleva en sí misma el presagio de la ruina (Romero-José Luis, 2010).

Consecuentemente, una renacida fascinación por lo europeo, desde sus ciudades hasta su forma de tomar té, se comenzó a reflejar en el afrancesamiento de las casas de los ricos, en la urbanización Haussmanniana en México y Buenos Aires, y en la llegada de la corte real portuguesa a Río. Todo esto pasaba en las ciudades, y nuevamente en la sociedad marginada y rural, las tradiciones permanecían, o eran sustituidas muy lentamente.

La crisis de identidad también dio lugar al surgimiento de los primeros gobiernos autoritarios, con la idea de instaurar una monarquía o un imperio, en Santiago, Quito y Buenos Aires. Las sociedades tradicionalmente dinámicas fueron fuertemente oprimidas.

Las migraciones siempre fueron parte del desarrollo de nuestras ciudades, pero fueron los éxodos de finales del siglo XIX y principios del XX que representaron un auténtico y fuerte quiebre en la historia de la arquitectura y urbanismo latinoamericanos. Ésta vez, las migraciones se internacionalizaron, gracias a las condiciones sociales deplorables en partes de Italia y Francia, y nuevamente las que más crecieron fueron las grandes capitales. Las ciudades eran cada vez más heterogéneas. Por primera vez eran cosmopolitas. Los barrios se transfor-



Edificios y trazado de calles al estilo francés (inspirado en el trazo urbano Haussmaniano) en Buenos Aires, Argentina

maban. Los cascos antiguos se deterioraban, como en la Ciudad de México, o eran reavivados, en Santiago y Buenos Aires. Nacían los suburbios, algunos para ricos -Juárez en México y el Barrio norte en B.A.- y otros para los marginados. Pero lo más notorio era que los inmigrantes trabajaban construyendo literalmente a la ciudad, que crecía gracias a su llegada. Construían su ciudad, con transporte e infraestructura, que eventualmente demostró ser insuficiente.

Pero conforme crecían, las ciudades se volvían cada vez mas deshumanizadas, producto de la explosión demográfica. Las ciudades modernas comenzaban a tener problemas “modernos”: hacinamiento, crimen, contaminación, servicios básicos insuficientes.

El capitalismo ya establecido -evolucionado del mercantilismo introducido siglos atrás- alentaba el ascenso social individual, con lo que el viejo solidarismo y el sentido de comunidad -proveniente de las antiguas y menos masivas ciudades y del campo- terminaban o eran interumpidos. Entre los marginados, esto comenzó a provocar descontento e inestabilidad social. Pero para entonces, la ciudad ya no podía sostenerse sin las capas media e inferior de la sociedad, y ésta última ya empezaba a desear y en el mejor de los casos a luchar por poder e influencia. Los ricos seguían importando a un grado casi obsesivo modelos y tecnologías europeos, y en arquitectura fue cuando comenzaron los revivals, principalmente franceses y neoclásicos. Es aquí donde la centralización urbana latinoamericana se consolida

permanentemente, ya descrita en el capítulo anterior.

Junto con ésta expansión urbana, la sociedad entera experimentó un proceso de educación masiva, también proveniente de la Ilustración y de los beneficios de la Revolución Industrial. Esto fue una nueva ruptura, porque nunca había sucedido en todos los estratos de la sociedad. Desde los intelectuales de las clases altas, en su alarde de superioridad eurocentrista, hasta la clase media y baja, que se dan cuenta que eran la fuerza de producción de los países, que ya son imprescindibles y comienzan a exigir participación y opinión. Al ser inicialmente ignorados provocan algunas revueltas sociales, violentamente aplastadas y marcadas por la imposición de dictaduras y oligarquías. Esto aumentó el descontento, provocando nuevas revoluciones sociales en todo el continente, como la de Argentina en 1890, la de México en 1910 o la de Brasil, que no fue violenta. Finalmente, al dejar de ser de los ricos, en la ciudad comienza la era del ocio masivo –cines, espectáculos, deportes-. La participación y la opinión también se generalizan.

Junto con la educación -ya a cargo del Estado-, la salud y los derechos del trabajador, sobretodo después de las revoluciones, también se socializan, se popularizan. Se convierten en 3 derechos constitucionales de lo que sería el ciudadano en América Latina, a diferencia de lo que era serlo en Europa, donde se basaba más en obligaciones -concepto tomado de la “ciudadanía” en las polis griegas-, que en derechos.

La educación extendida y los demás derechos constitucionales fueron en sí un quiebre, pero el ascenso en todos los demás aspectos de la clase baja de las ciudades representó otro. Las masas comenzaron a invadir las calles, las plazas, la ciudad entera para expresar su descontento, manifestar su opinión, o hasta para el esparcimiento. Y fue entonces que volvió el sentido exterior esencial de la ciudad, pero esta vez por motivos muy diferentes a los de la antigüedad. El espacio abierto, el espacio público volvió a ser muy necesario, tanto como un lugar de expresión y liberación de las masas, como un espacio capaz de contenerla, capaz de dar cabida a una población que se multiplicaba por 6 cada 50 años. La clase alta ya sabía que la ciudad había dejado de ser suya, así que decidió optar -como casi cuatro siglos atrás- por la indiferencia, protegiendo su tan preciada riqueza, esperando que el gobierno resolviera todo. En cambio, la clase media, que en esencia era una subdivisión de la clase inferior, en su constante deseo de progreso sin importar las consecuencias, decide sacrificar su relativa comodidad económica y se reintegra -porque de ahí venía y nunca dejaría de serlo- a los marginados urbanos, mas no a los del campo porque seguían representando una oposición al progreso, en la búsqueda por la democracia. Esto sería expresado por artistas como Diego Rivera en sus murales con temática social.

Ésta *re-uni*ón de estratos sociales -que en realidad nunca se habían separado verdaderamente- rompió

con uno de los fundamentos de la burguesía original. El ascenso social individual comenzó a ser lentamente sustituido por la idea de que eran las clases sociales completas las que debían ascender –e implícitamente que las más altas debían de bajar o de aceptar el ascenso del resto-, lográndose como resultado de un trabajo conjunto entre la sociedad y el gobierno. Ésta fue la cúspide del pensamiento “comunista” en América Latina. Tres siglos atrás, las ciudades del continente eran ciudades barrocas. Ahora, serían ciudades de masas, ciudades-rizoma: odiadas pero deseadas e inaccesibles, yuxtapuestas, anónimas, sin un significado, o representando la promesa de progreso. Y fue entonces que un quiebre económico mundial vino a reforzar la idea de supervivencia colectiva: La crisis de 1929.

La masa urbana había logrado perder su status de “clase social”. Ahora era un semillero, una incubadora de ascenso social. Un paso intermedio, temporal, en el sueño urbano. El objetivo no era imitar a los ricos, era llegar a ser parte del proletariado industrial que décadas después evolucionaría al proletariado profesional, cuando las ciudades comenzaran a basarse en el sector terciario y ya no tanto en la producción.

Las ciudades en nuestro continente ya se parecían a las ciudades latinoamericanas contemporáneas, y había algo en ellas, aunque parezca increíble, que de alguna forma evocaba muy sutilmente a las ciudades prehispánicas de medio milenio atrás. La monumentalidad había vuelto a las urbes de América Latina. La masa

urbana y el uso del espacio se “repartía” en enormes estratos de la ciudad -barrios, colonias, departamentos, municipios, delegaciones, etc-, y en enormes estratos culturales y de oficio, todo jerarquizado. También comenzó la monumentalidad vertical, con los primeros rascacielos. Los suburbios parecían infinitos, no solo los de la clase baja –las rancherías en Colombia, las favelas en Brasil o los barrios irregulares en México-, también los de la clase media –las interpretaciones de la ciudad jardín en Satélite (México) y Ciudad Kennedy en Bogotá- y los de la ahora minoritaria -en más aspectos que el de cantidad- clase alta –San Isidro en Buenos Aires, Ipanema en Río de Janeiro, Miraflores en Lima, El Pedregal y San Ángel en México y Sabana Grande en Caracas-. Es indudable que las monumentalidades entre ambas ciudades latinoamericanas, la prehispánica y la del siglo XX, no eran iguales, pero a final de cuentas ambas lo eran. Aunque tal vez a las más recientes se les debería añadir el término “monstruosas”.

Desde el primer gran quiebre, la realidad de nuestras ciudades ha estado llena de incongruencias, injusticias, desigualdades, incomprensiones, transformaciones, estancos y destrucciones. La última gran ruptura no podría ser distinta. Llena de contradicciones, ésta sería la de una América Latina que se integra al conjunto de ideologías y movimientos que vinieron a contraponerse con el Movimiento Moderno, que había imperado, y fracasado, durante la primera mitad del siglo XX: La Posmodernidad.

Las ciudades posmodernas se volvieron más internacionales, más cosmopolitas, pero también más indiferenciables, y sus sociedades más anónimas. Esto no fue del todo negativo. Una sociedad anónima produce individuos que al ser ignorados, al ser producto de la indiferencia –como lo fueron los indígenas siglos atrás– conservan su individualidad, lo que provocó la explosión de movimientos de liberación social. Además, la nueva sociedad era cada vez más permisiva y más ingenua, con lo que la cultura Yanqui no tardó en ser asimilada y adoptada, junto con sus valores (o falta de): la seguridad económica se convirtió en lo más importante, todo lo demás perdió valor. El ascenso social individual volvía. Todo esto fue el Liberalismo de las ciudades latinoamericanas.

La contradicción sucedió cuando los marginados, que ya tenían, hasta cierto punto, voz y voto, fueron incorporados a la vida en la ciudad mediante el Populismo, que prometía progreso sin olvidar el pasado. Pero Liberalismo y Populismo son contradictorios. Mientras uno alienta el ascenso social personal, el otro se basa en los principios de la justicia e igualdad social. Así que ¿Cómo es que ambos modelos pueden coexistir en una ciudad contemporánea? La pregunta no tiene una respuesta fácil. No tiene siquiera una respuesta. Pero desde que América Latina es América Latina, ha logrado que una cantidad extraordinaria de contradicciones e incompatibilidades cohabiten en su desarrollo, esperando que en algún punto encuentren dónde relacionarse, donde retroalimentarse, dónde beneficiarse, en

la búsqueda permanente de una identidad. Una identidad que -tal vez- siempre ha estado ahí, pero que al ser etiquetada o “universalizada”, se escapa al entendimiento, nos evade y se niega a volver ser parte de nosotros.

Es, por ejemplo, en la Ciudad de México donde se percibe gran parte de lo que es una ciudad rizoma en América Latina (si sabemos dónde y cómo verlo). Una ciudad que al ser fundada era cerrada en ideologías, claramente jerarquizada, con un trazo urbano regular y con crecimiento poblacional prácticamente estancado por siglos, comenzaría a ser el objetivo de cada vez más grupos rurales, hasta que verdaderos éxodos -sobretudo los últimos 200 años y no todos del campo- la tenían como destino final, como permanente y siempre creciente promesa de progreso. Consecuentemente -después de décadas de inmigraciones-, la ciudad creció exponencialmente, se esparció como una plaga de mala hierba en un jardín gracias a estos constantes agregados de gente y a otro fenómeno más “moderno”, la explosión demográfica.

La Ciudad de México se esparció, y no lo hizo ni de forma predecible ni mucho menos regular. Arquitectónica y urbanísticamente comenzó a parecer un conglomerado de barrios excesiva o aparentemente planeados -Juárez, Pedregal, Satélite, Nezahualcóyotl, Santa Fe- cohabitando con otros espontáneos, inestables, marginales. Y cada uno con su propio trazado de calles, avenidas y plazas, articulados -o mutilados- muchas veces con grandes avenidas que se construían después. Algunos

muy regulares -sobretudo los antiguos barrios virreynales como el centro y Coyoacán- y otros más experimentales, como los “orgánicos” Pedregal, Chapultepec Heights-Bosques de las Lomas y Ciudad Satélite.

Aún hoy, la Capital de México está en constante construcción-destrucción. Desde hace ya muchas décadas, sus alguna vez límites ya son sólo una simple calle o avenida o un río entubado. Muchas veces uno a viajado por varias horas desde el centro de la ciudad hacia la periferia sólo para descubrir que aún está en sus suburbios. En muchos sentidos es una ciudad amorfa, y ya no hay duda que es una ciudad de masas, una ciudad heterogénea, donde rascacielos son construídos junto a barrios irregulares e increíblemente paupérrimos que parecen no tener fin.

Pero también es una ciudad que en sus orígenes -o *re-orígenes* porque fue fundada literalmente sobre otra ciudad- relegó lo autóctono, mandándolo a los márgenes -físicos e ideológicos-. Era (o es) una ciudad jerarquizada. Y nuevamente es justo por esa marginación, por esa indiferencia que lo originario y marginado ha logrado colarse por las rupturas (las crisis y fuertes cambios en el desarrollo de la ciudad y del país), fugarse, asimilarse en la vida “globalizada, cosmopolita y moderna” de la Ciudad de México, muchas veces en forma de rituales de los que ni siquiera los habitantes de la ciudad más grande de América están consientes. El sincretismo volvió a hacerse presente, tanto con las culturas de siempre (europeas) como con otras nuevas

(estadounidense). Desde comportamientos y tradiciones híbridas -Día de Muertos / Halloween, Navidad / Reyes-, grupos o tribus urbanas con vestimenta moderna pero actitudes y comportamientos basados en rituales y tradiciones muy antiguos, hasta elementos arquitectónicos y urbanos producto de ésta amalgama de culturas. Y es en el espacio abierto, público, físicamente vacío donde se percibe un ejemplo muy claro del sincretismo arquitectónico-urbano en la Ciudad de México.

Hoy ya se construyen plazas y explanadas en prácticamente cualquier parte de la capital -como espacios públicos que promueven la interacción y esparcimiento de los “defeños”-, pero originalmente, estos espacios estaban ligados a la espiritualidad o al poder, ya sea en los grandes espacios abiertos a pie de los grandes templos u otros edificios importantes en las poblaciones precolombinas, o en los atrios de las iglesias, las capillas abiertas o los conjuntos plaza-iglesia-palacio de gobierno (plaza-poderes) que se erigían en cada población nueva o adaptada de la Nueva España durante el proceso de conquista-explotación-evangelización y los subsecuentes virreynatos. El ejemplo más claro y monumental en la Ciudad de México es el Zócalo, en pleno centro de la ciudad. Una enorme plancha de concreto -antiguamente ajardinada- rodeada por los edificios de gobierno y religión católica más importantes del país. Hoy, a pesar de seguir siendo el atrio de la catedral metropolitana, también se ha convertido en un espacio para dar cabida a todos los beneficios y





Vista aérea del centro de la Ciudad de México, con la Catedral Metropolitana, y el Zócalo a la derecha.

perjuicios que ha traído la era de las ciudades de masas modernas. Desde festivales y museos que se instalan temporalmente ahí, manifestaciones artísticas masivas a la altura de la escala de la plaza, sólo superada por la plaza roja en Moscú, hasta manifestaciones de millones de personas, víctimas de los problemas de las ciudades-rizoma de América Latina.

Y como el Zócalo, hay innumerables ejemplos a cualquier escala regados por toda la ciudad: los atrios-plazas de Santa Catarina e Hidalgo en Coyoacán o la explanada de la Basílica de Guadalupe (que ha mantenido ese carácter religioso original) en el norte de la urbe.

Si bien este uso, ésta necesidad y apreciación de los espacios abiertos que servían en parte como vestíbulos monumentales -físicos y simbólicos- de edificios importantes proviene de dos culturas -indígena y (aparentemente) española-, la verdadera influencia del lado europeo proviene de otra -la musulmana- que permaneció latente en los conquistadores intelectuales españoles y que les permitió asimilar y adaptarse más fácilmente, porque había cierta compatibilidad, con la indígena. Ésta compatibilidad estaba sobretodo en que para ambas culturas el espacio abierto en estas circunstancias era un espacio sagrado, pero también la idea e implementación del espacio abierto-atrío permaneció y se manifestó en las rupturas del desarrollo de México por lo que le otorgaba visual, simbólica y perceptivamente a la ciudad. Un gran lote vacío pero público y bien localizado se convierte casi inmediatamente en

referencia y punto de reunión para los habitantes de cualquier urbe.

Otro ejemplo de sincretismo en esta gran ciudad proviene de muchos de sus museos, o más específicamente, de lo que representan y de lo que exhiben.

En la época prehispánica, las expresiones artísticas estaban ligadas a la vida cotidiana. Su creación, su ejecución era parte de los rituales, las rutinas de todos los días. Las emociones, lo inexplicable, la naturaleza, eran parte imprescindible en el desarrollo y supervivencia de esas sociedades. Mucho de todo eso logró permanecer a pesar de todo lo nuevo que se impuso durante la conquista -que se describirá en los próximos capítulos-, pero se comenzó a expresar de forma distinta, o a significar otra cosa. Y fue así como gracias a los museos, que surgieron durante esta introducción del ocio masivo, que el arte prehispánico volvió a ser parte de la vida diaria urbana, pero dejó de ser algo que se hacía por todos, a ser algo que podía ser visto -a través de un cristal- por todos.

Como estas, muchísimas otras variantes y demás circunstancias persistentes imposibles de cuantificar han influido en lo que es hoy la arquitectura y las ciudades latinoamericanas. Y entre las más evidentes está indudablemente el desarrollo cultural de sus sociedades y el pasado de esa misma arquitectura, descrito en este capítulo. Pero por otra parte, hay algo mucho más específico e importantísimo, que ha formado parte de la

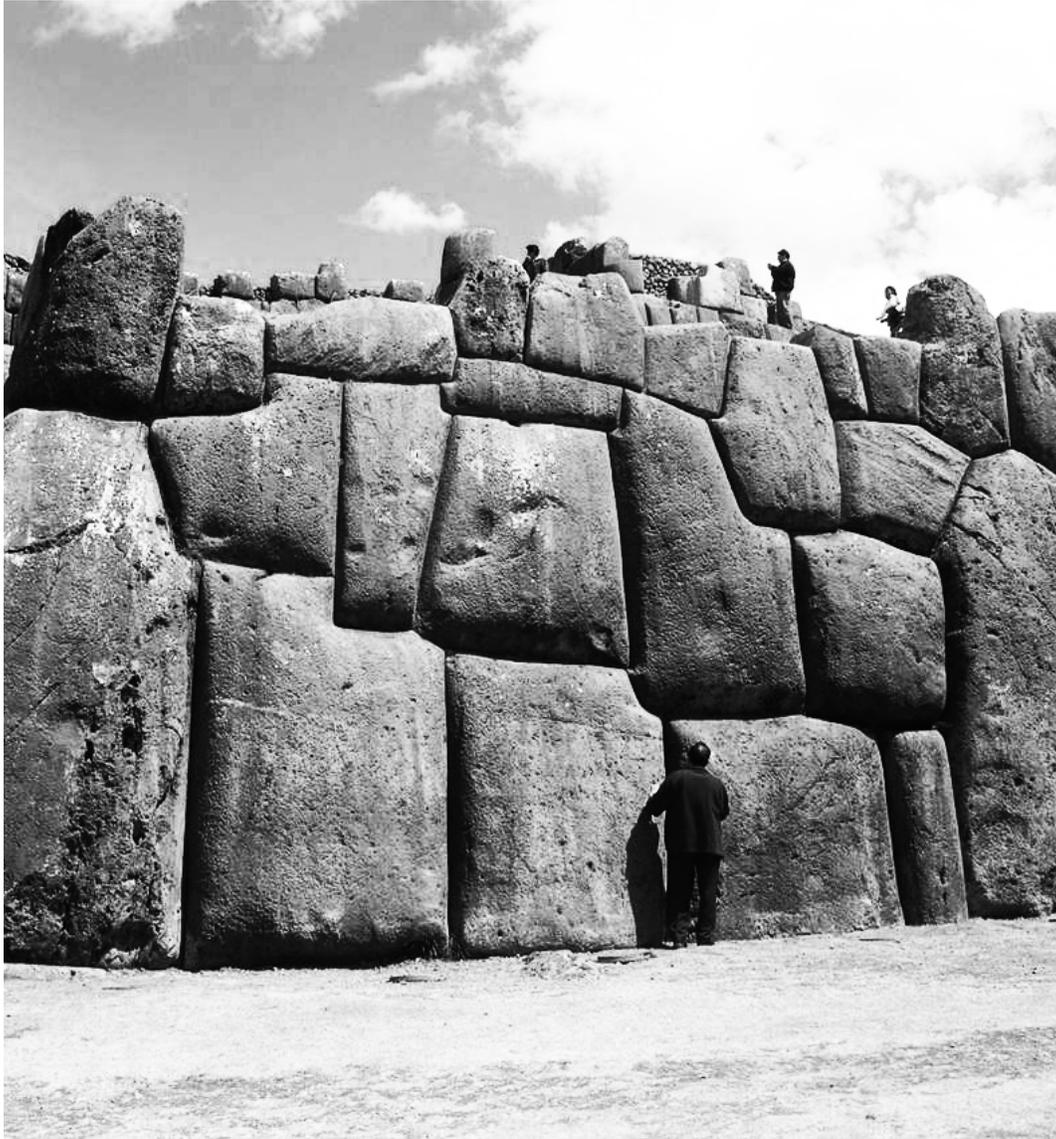
arquitectura que vemos y hacemos hoy, algo relativamente sencillo, pero que demuestra capacidad y que es imprescindible, ése algo es aquello que literalmente ha *materializado* nuestra arquitectura: la mano de obra.



Así sea en la Ciudad de México (esta página), Caracas (sig. página arriba), o São Paulo (sig. página abajo), el hacinamiento y la expansión urbana descontrolada es una característica imperante en las ciudades de Latinoamérica.







Sillares de piedra en Machu Picchu, Perú. Ésta es solo una de las innumerables muestras de la capacidad técnica de los antiguos pobladores del continente.

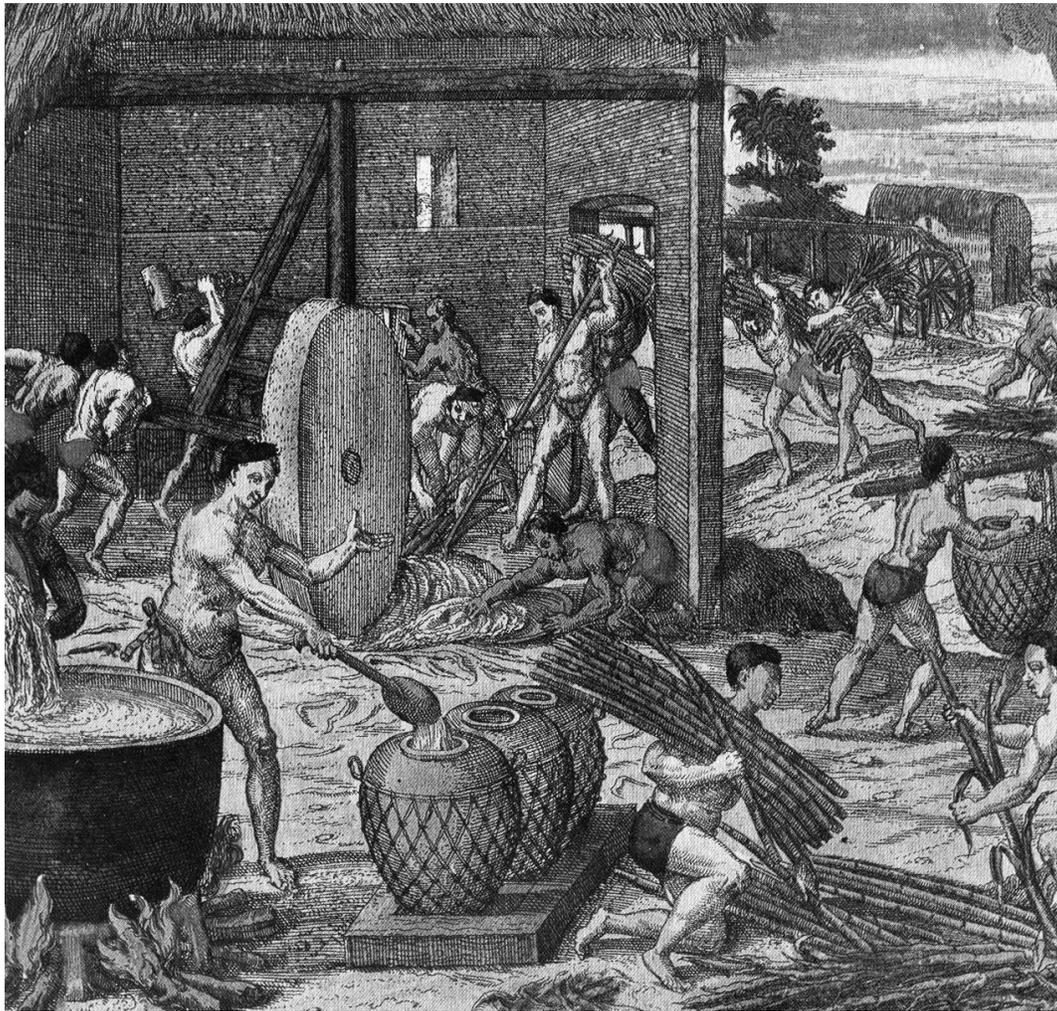
Podríamos pensar que una sociedad naciente que no ha explotado el uso de la rueda, que no utiliza el hierro para crear herramientas y que ha logrado una nula o mínima domesticación de los animales que podrían serle útiles, está destinada al fracaso y al olvido. Pero fue bajo éstas circunstancias que las más grandes culturas en nuestro continente prosperaron durante siglos. Entonces, ¿Cómo pudieron desarrollarse desde hace casi 3,000 años, pequeñas sociedades en América Latina hasta convertirse en sociedades rumbo a la civilización? ¿Con todas éstas limitantes y formas de administrar sus recursos, qué es lo que les quedaba a éstos pueblos?

Su propio pueblo, su propia gente.

Las culturas de nuestro continente llegaron a ser sociedades complejas, casi verdaderas civilizaciones, gracias al hombre que hace y fabrica, al *Homo Faber*; gracias a una mano de obra abundante, capaz y organizada.

La buena, abundante, experta y capaz mano de obra es uno de los elementos que hace civilizaciones, pero cuando surgen las rupturas, los grandes cambios, puede ser utilizada para destruirlas o para sustituirlas, aún contra su voluntad, sobretodo cuando ésta siempre se ha caracterizado por ser excesivamente permisiva.

Eso fue lo que sucedió en América Latina: El potencial creador de la mano de obra durante el periodo prehispánico, se transformó en un catalizador de la conquista a partir del siglo XVI. El objetivo primordial de el uso de la mano de obra se *descentró*. Así como la centralización urbana fue crucial para el auge y en su momento para el ocaso de los Incas, Mexicas y eventualmente el resto de las civilizaciones del continente, la explotación de la mano de obra indígena al punto de esclavizarla -uno de los verdaderos motivos para la conquista del continente, junto con la disposición de una cantidad aparentemente ilimitada de recursos naturales y en menor medida la evangelización de los locales-, fue lo que aseguró algo que me gustaría llamar la conquista arquitectónica y urbana. Muchas de las fundaciones españolas, lo que se construyó sobre las ciudades prehispánicas, todas las rutas terrestres y fluviales fueron terminadas o por lo menos trazadas a



Grabado de indígenas y negros trabajando en una plantación de azúcar en Brasil

una velocidad impresionante gracias a una abundancia de mano de obra local no remunerada y tanto acostumbrada como perfectamente capaz desde hacía siglos de construir monumentales edificios. Para 1550 el contorno del continente, tan sólo invadido un par de décadas atrás, estaba ya políticamente definido, mientras que tres siglos atrás el continente sólo podía ser “seccionado” en regiones sin fronteras claras, donde de pronto las culturas que las conformaban se mezclaban y confundían entre sí.

La situación era igual desde México hasta Argentina. Sólo en Brasil, nuevamente, las circunstancias eran muy distintas: La mayor parte de las tribus amazónicas vivían en el interior del continente, una región muy difícil de explorar. La mano de obra se traía de África, y el desarrollo se mantuvo en los litorales, costado gracias al comercio y al descubrimiento afortunado de minas de oro y diamantes.

El proceso de fundación y construcción de ciudades, caminos, minas y puertos, de una “Europa en América” fue la primera gran ruptura en la que la mano de obra indígena actuó como una *línea de fuga*: De potencializar su camino a la civilización a potencializar la “civilización” de otros.

Durante los siglos que siguieron a la conquista, algo extraño pasaba con la manufactura arquitectónica de nuestro continente. ¿Qué sucede cuando a un escultor, dedicado completamente y desde que tiene memoria

a la escultura, se le encarga un trabajo de pintura? Los resultados serán aceptables, pero muy difícilmente extraordinarios.

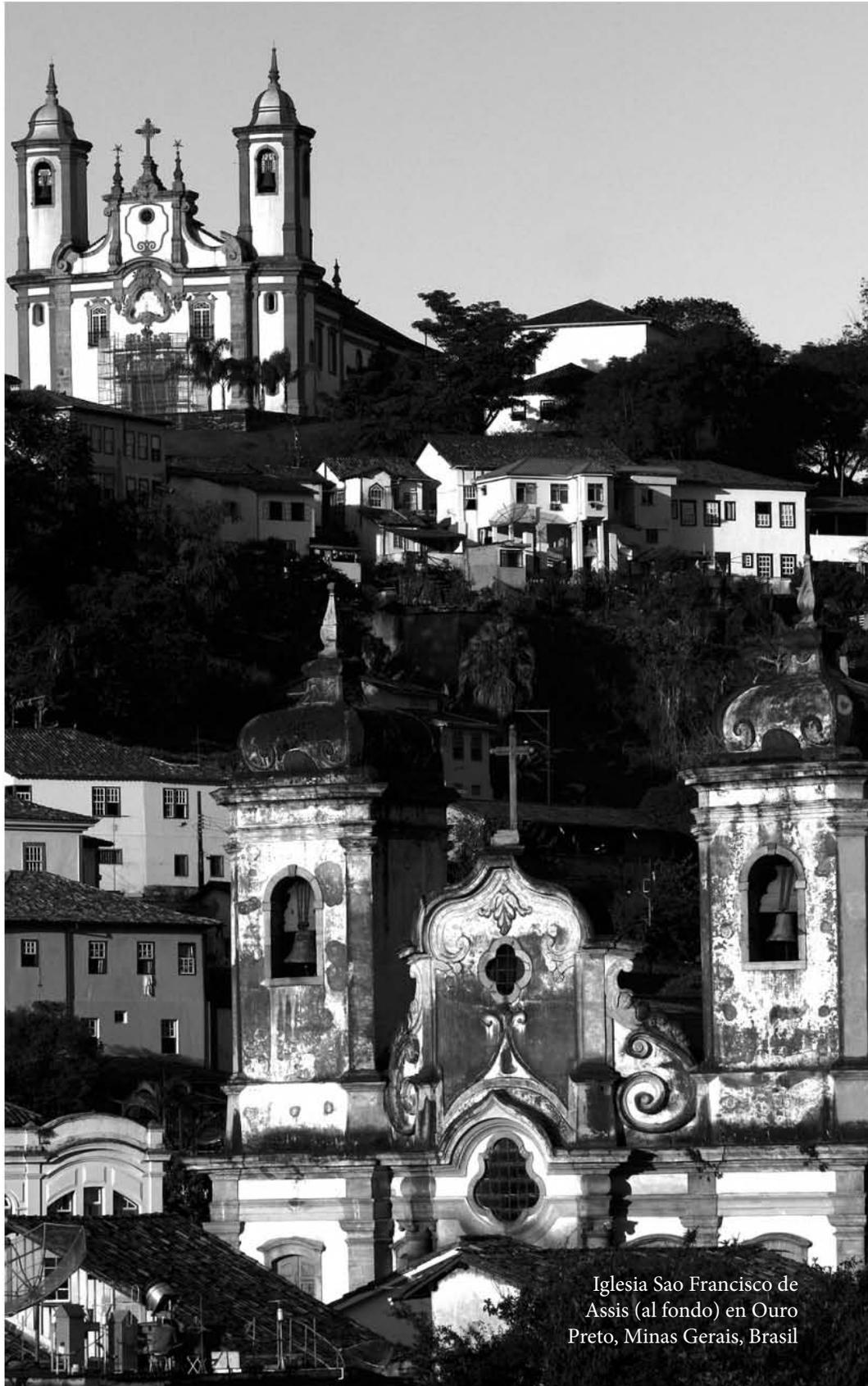
Exactamente eso pasaba en nuestro continente. Antes del virreinato, los indígenas nunca habían construido iglesias, palacios, o casas europeas. Ésta nueva vida impuesta dejaba, aparentemente, muy poco lugar a su inventiva y a las técnicas en las que eran expertos -aunque encontraron cómo expotar su creatividad y mantener sus tradiciones-. Se convirtieron en ejecutantes. La falta de inmadurez técnica, de práctica, dio como resultado la construcción durante 300 años de una arquitectura a primera vista rudimentaria -aunque cada vez menos-, hecha por constructores inexpertos, aunque capaces.

Pero fue en donde los “indios” lograron exteriorizar su pasado -sus costumbres y creencias subestimadas por los europeos- en las ciudades que eran prácticamente obligados a construir, que ellos mismos provocaron una nueva, aunque mucho más sutil ruptura, o mejor dicho, un escape, una fuga. Edificios producto de modelos artísticos europeos importados pero con características, sobretodo en la decoración, indígenas -querubines morenos y disfrazados como mexicas, innumerables alusiones a la tierra y a la naturaleza- fueron ésta segunda ruptura importante en el estrato de la mano de obra, la emoción contra la razón -otro capítulo de ésta tesis-, de la manufactura de nuestro continente.



Cúpula del Templo de Santa Prisca de Taxco, México (arriba) comparada con la cúpula del Templo de Nuestra Señora de las Angustias, Granada, España (abajo).

Años después, al consumarse la independencia de los países latinoamericanos en el siglo XIX, ésta situación con la mano de obra se extendió a otros estratos de la sociedad: Un capitalismo que apenas se gestaba, donde muy pocos lo controlaban, fue sustituido por un capitalismo nacional, en manos técnicamente de todos. Pero casi todos los que quedaban eran productores, no capitalistas, ni señores o dueños de los grandes intercambios comerciales, por lo que la economía pasó a ser controlada por manos inexpertas, debilitándola. La nueva burguesía quería mantener las ganancias virreinales, con un flujo extranjero interrumpido, por lo que decidió hiperexplotar la mano de obra, iniciando así un proceso casi irreversible de producción no para el desarrollo, sino para satisfacer deseos consumistas y de poder, algo que continuaría en el siglo XX, cuando llegaba una incipiente industrialización. Escribo incipiente porque la nuestra se basó, más que en la innovación y el desarrollo, en la manufactura. Y la industria manufacturera, contradictoriamente requiere cada vez menos mano de obra, importando, de los casi permanentes centros hegemónicos, tecnología que la ahorra. La mayoría es excluida. Los monopolios crecen. La subordinación de nuestra mano de obra llega a tal grado que la interacción entre actividades y estratos se bloquea. El solidarismo espontáneo, la cooperación, imprescindibles en momentos críticos en el desarrollo de una industria, un pueblo, o una nación, son casi imperceptibles en una sociedad o en un estrato de la sociedad despreciado.



Iglesia Sao Francisco de Assis (al fondo) en Ouro Preto, Minas Gerais, Brasil

La situación de la mano de obra tanto de los indios como de los negros no cambiaba. Las Independencias fueron grandes rupturas en términos generales, pero la explotación indígena y el desinterés por la mayoría de sus problemas continuaron. La esclavitud fue abolida, pero la integración de estos grupos a la sociedad ya establecida y tradicional de las ciudades era casi imposible. En otras palabras no podían aspirar al ascenso social. Pero siempre fueron necesarios. Y conforme las ciudades crecían, también lo hacía la demanda por mano de obra. Fue hasta la explosión demográfica, una de las últimas grandes rupturas en el desarrollo de las ciudades latinoamericanas, donde también hubo un rompimiento en el papel de la mano de obra: los grandes grupos de indígenas y marginados que emigraron a la ciudad con la esperanza de vivir mejor poco a poco se convirtieron en una mayoría (conforme las urbes crecían) junto con los demás grupos sociales que no pertenecían a la clase alta, cuyos intereses finalmente no pudieron ser ignorados y que poco a poco, conforme adquirían un arraigo por su ciudad, también formaron grupos sociales con exigencias específicas, como el proletariado industrial. Las masas, como se les llamó en las ciudades, se convirtieron en las dueñas -por cantidad- junto con la clase media -por ser las artífices de la actividad metropolitana- de las ciudades contemporáneas. Y es aquí, en ésta ruptura, donde lo rizomático de la mano de obra latinoamericana, en sus múltiples transformaciones, adaptaciones y fugas, se fugó y se unió con lo rizomático de las mis-

mas ciudades del continente. Provocando que, si bien la manufactura -la *construcción*- del continente había sido hasta entonces gracias a ellos, fue en ese momento cuando por fin comenzaron a sentir que algo de lo construido les pertenecía. La burguesía, que siempre había sido el “centro”, lo de mayor importancia y poder en la ciudad, veía cómo esa centralidad comenzaba a cambiar de manos. Pero no todo fue un avance.

Recordando que la inventiva, la imaginación y mano de obra son sólo algunas cosas de lo que sobra aquí, y que así como se exteriorizó lo rizomático de nuestras ciudades durante el desarrollo exponencial del siglo pasado, también los problemas producto de ése desarrollo aumentaron. Uno de los más grandes es el déficit de vivienda.

Su propio pueblo siempre ha sido creador, inventor o por lo menos ejecutante de una arquitectura única y en algunos momentos extraordinariamente apta para su situación. Si un arquetipo de lo rizomático y de lo complejo son sus características arquitectónicas y lo que las crea, su propia gente, además de que aquí existe en grandes cantidades, ésta debe aprovechar ésa misma situación de exceso, de abundancia, de capacidad y posibilidad, y literalmente *utilizarse* para que regrese a sus propias manos la manufactura de su propio continente, porque de otra forma nuestras ciudades y nuestra arquitectura tal vez fracasarán en el intento de desarrollarse de manera compleja, múltiple, de la mano con el resto de lo que crea y de lo que es nuestra sociedad.





Detalle de un querubín con ornamentación indígena en la Iglesia de Santa María Tonanzintla en Puebla, México

Desde el inicio de nuestras civilizaciones, nuestras ciudades y nuestra arquitectura, lo intangible, lo visceral y lo inexplicable siempre han sido parte esencial en su desarrollo y supervivencia.

Ésa importancia a las emociones, a lo inmaterial, a lo que no podemos entender o explicar no desapareció con la gran ruptura del siglo XVI en el continente: la conquista. Aunque las ideologías indígenas fueron relegadas y aparentemente sustituidas, muchas creencias, simbolismos y expresiones originales perduraron en la cultura, el arte, la arquitectura y la religión de las nuevas naciones. Perduraron de una forma distinta, se convirtieron en líneas de fuga, manifestándose de maneras distintas, donde lo que le era impuesto se lo

permitía. Eventualmente, la producción se convirtió en ejecución, en re-producción. En las ciudades virreinales sólo se difundían formas y conceptos seleccionados, digeridos y justificados, desalentando oficialmente -porque en la práctica esto era imposible- la experimentación, la curiosidad y el descubrimiento en una sociedad urbana fuertemente jerarquizada. El campo estaba olvidado en cuanto a la expresión cultural, mas no en lo económico, cuando se empezó a ver que dominar el vínculo rural-urbano, producción-comercialización era esencial en la constante lucha por el ascenso social. Y fue justamente ahí, en lo más popular, en lo relegado, donde lo tradicional perduraba, gracias a la más débil influencia artística europea, y a la indiferencia con la que era considerado el medio rural. De lo más libre era lo más marginado, lo más dinámico, lo más “transformable”, lo más adaptable, lo más rizomático.

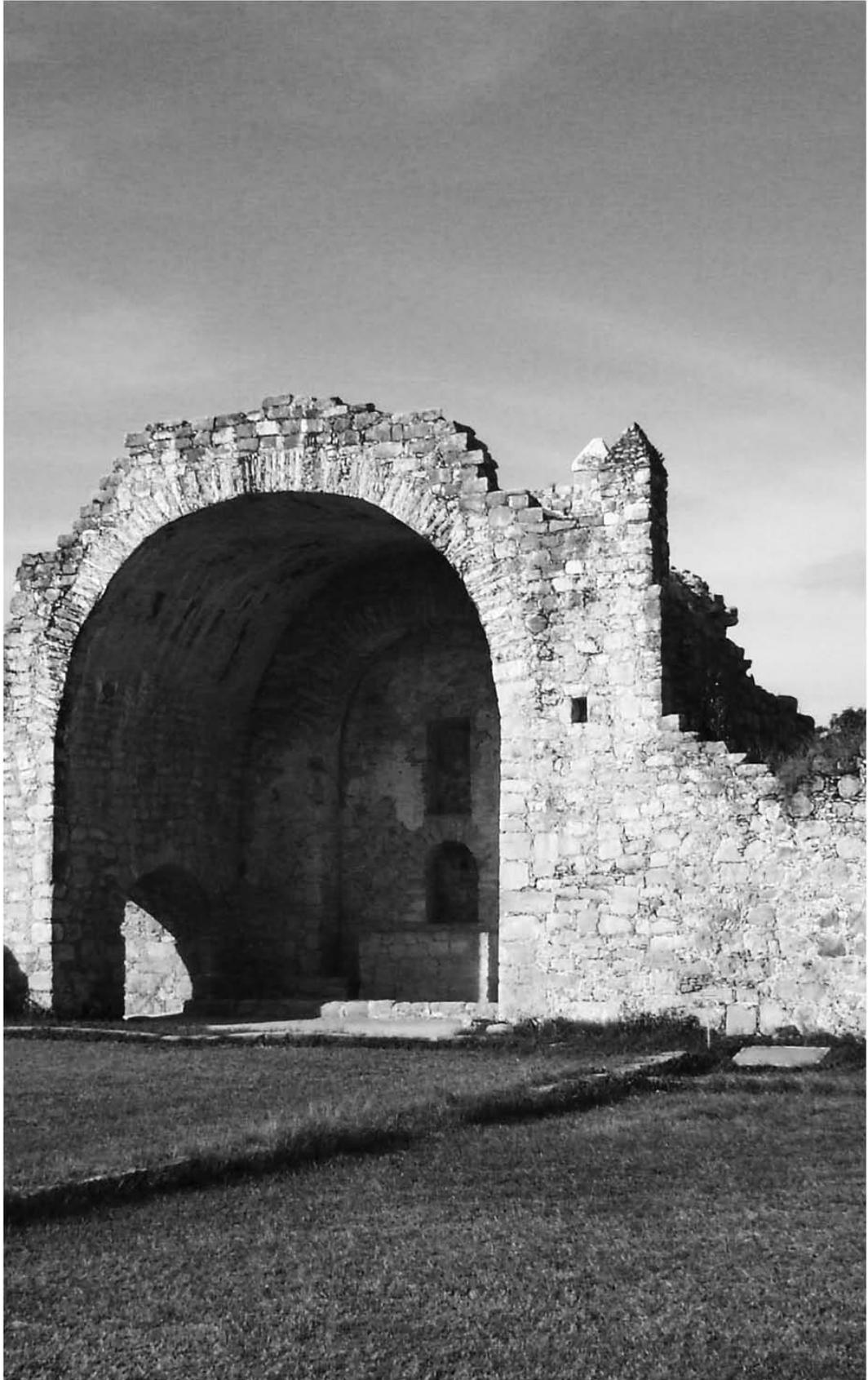
Fue así como el arte y la arquitectura en las ciudades comenzaron a verse como simple variante de lo que ya existía en la metrópoli. Parecía que los antiguos pobladores de nuestro continente tendrían que olvidar que lo emocional e intangible los formaba, transformaba y era parte de lo que los definía. Pero lograron mantenerlo, asimilarlo no con planteamientos o teorizaciones novedosas, compitiendo con las ideas impuestas de Palladio, Serlio, Bramante, Miguel Ángel, Pozzo o Alberti, sino de una forma hoy casi olvidada o más bien rechazada en la arquitectura: decorando, ornamentando.

Tal vez no una ruptura, pero una fuga, una grieta en el desarrollo teóricamente lineal y predecible de la “Nueva Europa” se abrió cuando la ornamentación se convirtió en el escape de la cultura precolombina ante una forma de vivir y de pensar impuesta.

De lo más voluble, de lo más variable, de lo más caprichoso en arquitectura es la ornamentación -así como las reacciones que provoca-, y lo más voluble del ser humano son sus emociones. También éstas son buenas representantes de lo rizomático en lo que nos rodea, muchas veces nuestras emociones son producto de cosas de las que ni siquiera estamos conscientes. Los sentimientos y emociones son mapas personales y generalmente inciertos e incompletos del mundo que nos rodea y del mundo dentro de cada uno de nosotros.

Volviendo a la ornamentación, ésta, en su momento, antes del movimiento moderno y poco considerada en el Neoclasicismo, era el recurso para provocar grandes efectos estéticos y emocionales. Y en América Latina, la ornamentación en las construcciones por parte de los indígenas no era la excepción. Lo que pudo ser sólo un conglomerado de detalles sin fondo se convirtió en parte de una línea de fuga que nos ayudaría a comprender las arquitecturas en Latinoamérica que ya comenzaban a mostrar varios escapes, varias líneas de fuga en común.

Si, la arquitectura en América Latina durante los virreinos era más modesta y menos monumental, no



era para reyes, era dependiente y dispar. Pero se adaptaba al gusto, poseía una carga simbólica fuertísima, producía una increíble diversidad de edificios, que no olvidaban a la naturaleza que los rodeaba, utilizando sus diferentes materiales y adaptándose al clima o a los movimientos y accidentes de la tierra, era una arquitectura en constante mutación -aunque a veces fuera sólo superficial- pero integrada en un aire familiar y de pertenencia. Una arquitectura que mezclaba lo vernáculo con lo foráneo, o más bien, una arquitectura donde lo vernáculo quebraba y se fugaba en lo foráneo o viceversa.

El éxito de las capillas abiertas es un ejemplo de esta amalgama: Un edificio cuya función era sustituir las



Vista del interior de la Iglesia de Santa María Tonantzintla en Puebla, México (arriba). Capilla abierta en Dzibilchaltún, México (página opuesta).

creencias y rituales de los pobladores originales, disfrazado precisamente de esos rituales originales: reuniones masivas al pie de los grandes templos, de las grandes iglesias, para adorar a los dioses, para adorar a Dios. De alguna forma, los españoles al atender al otro yo, hicieron que lo otro para los indígenas se convirtiera en lo suyo. Sincretismo perfecto.

Una pequeña iglesia en un pueblo en el estado mexicano de Puebla, aunque típicamente barroca, habría pasado desapercibida por parecerse a todas las demás iglesias construidas durante el virreinato, excepto al percatarse que la decoración interior es la materialización de esas líneas de fuga descritas anteriormente. Si bien la ornamentación es una característica del Barroco, su significado -o *asignificado*- cambia cuando en la decoración hay querubines mestizos, usando penachos de plumas -tal vez no tan majestuosos como el de Moctezuma- o guirnaldas de flores, vestidos de caballero águila o jaguar y una enorme cantidad de frutas y plantas y demás rasgos indígenas. Es entonces nos damos cuenta que la iglesia de Santa María Tonanzintla es una fiel representante de la relación exitosa entre el sentimiento y la razón. Y como ésta hay numerosísimos ejemplos, muchos en la misma Puebla. Pero luego vendría una nueva ruptura, una nueva línea de fuga tan fuerte como la de la conquista.

Años antes del comienzo de las emancipaciones latinoamericanas -y de la estadounidense-, la Ilustración y su culminación, la Revolución Francesa, ya eran sucesos

consolidados o en pleno auge, y se convertirían en los provocadores, junto con muchísimas otras circunstancias tanto políticas, económicas y sobretodo sociales -los estratos criollos de la sociedad novohispana se arraigaban más a América, se arraigaban a otro yo, conforme surgían nuevas generaciones-, de esos mismos deseos de libertad, razón, progreso e independencia de nuestro continente.

Pero ¿Porqué un movimiento cultural europeo es una ruptura clave para comprender una característica de la arquitectura latinoamericana contemporánea?

Porque una de las múltiples consecuencias de la Ilustración y de su convulsión final fue el Neoclasicismo, el inicio de lo que serían los revivals, y la reacción directa y despiadadamente antagónica al Barroco ultraornamentado. Un Barroco que simbolizaba la dominación española y portuguesa, y un Neoclásico que representaba pureza, equilibrio, armonía, funcionalidad, proliferación de construcciones que mejoran la calidad de vida humana como hospitales, museos y parques, un nuevo comienzo basado en antiguos modelos de grandes civilizaciones y un eclecticismo bien estudiado y aplicado. Todas estas son características ideales para cualquier estado naciente, que busca hacer tabla rasa y que no ve más que promesa y progreso en su futuro. Una América recién independizada recibió al Neoclasicismo naturalmente, iniciando el camino de los múltiples revivals que volverían durante los dos siglos siguientes, y que son justamente una característica

-aunque siempre recordemos que no la única- de nuestra arquitectura contemporánea.

El ejemplo paradigmático de esto en arquitectura y urbanismo del continente es la influencia francesa en los edificios y en el trazado urbano con grandes avenidas y fuertes remates visuales, sobretodo de las ciudades de Buenos Aires -Avenida de Mayo y Avenida 9 de Julio ya en el siglo XX-, Cusco, Pátzcuaro, Tlayacapan y México -Paseo de la Emperatriz hoy Paseo de la Reforma-. Ésta influencia Neoclásica, que luego se transformaría en una serie de pequeñas rupturas -los revivals- como búsqueda de una identidad perdida u olvidada, nos ayuda a entender una parte del porqué del eclecticismo, de la falta de homogeneidad, de la discontinuidad de nuestra arquitectura y nuestras ciudades, y del porqué los antiguos latinoamericanos no tuvieron tiempo (literalmente), ni oportunidad de concebir o por lo menos de reflexionar sobre estilos, técnicas, formas, códigos o sustancias. Pero también esto es la prueba de que las independencias nunca fueron completamente consumadas. Y además, ¿En dónde quedó lo visceral, lo irracional en todo esto? En la visión Neoclásica, que vivificaba todo lo contrario: la razón, lo analítico y lo académico, lo emocional quedó olvidado. Pero un continente que le debía gran parte de su naturaleza a las emociones, a las convicciones irracionales -o tal vez provenientes de la lógica más pura, del sentido común más natural- de sus habitantes, no lo abandonó todo para dar paso a la civilización iluminada, ilustrada, estereotipada y de la razón. Simplemente no podía abandonarlo. Debía pro-

vocar una nueva ruptura.

Y así fue: La claridad racional nunca superó la importancia de la emoción en Latinoamérica. Las tradiciones nunca sucumbieron ante las imposiciones, lograron mezclarse con ellas. Aunque fueran completamente distintas, encontraron dónde relacionarse y hasta hoy, lo que somos es producto de ésta aceptación, asimilación y supervivencia, aunque estuviera sucediendo una de las rupturas más grandes de la historia moderna: La Revolución Industrial iniciaba o se fortalecía en el resto del mundo occidental, mientras que las naciones de nuestro continente intentaban conciliar sentimientos de progreso y desarrollo con ideologías de sociedad colonizada arraigadas, importando modelos, artefactos, sistemas políticos y económicos -en un afán de modernizarse- provenientes precisa e irónicamente del tipo de países que originalmente los sometieron. La emoción, el impulso, la aspiración y la falta de experiencia en prácticamente todo lo que tenía que ver con dirigir un país naciente se sobreponían a la razón.

Fue entonces que “lo latinoamericano”, lo emocional, se convirtió en una reacción, como en todos los demás movimientos culturales, una ruptura a toda esta racionalización. La imaginación, la intuición, el sentimiento, que eran de los fundamentos de las civilizaciones originarias en el continente, se convirtieron nuevamente en los cimientos de una etapa, un estrato de la cultura latinoamericana que había permanecido latente o pobremente explotado desde hacia casi medio

milenio. Como movimiento cultural euro-centrista, a esto se le llamó Romanticismo.

Así que la situación, de todo un continente recientemente “liberado”, era una en la que el desarrollo material y científico aumentaba exponencialmente, -no necesariamente *en* el continente- chocando y poco a poco separándose de la naturaleza humana originaria e instintiva, que también era algo que nuevamente se exaltaba. Dos enemigos, que no deberían serlo, fueron con lo que América Latina comenzó tal vez el siglo más intenso, donde las rupturas, las reacciones, las discontinuidades, las fragmentaciones ocurrirían de formas increíblemente imprevisibles, constates, e increíblemente rizomáticas, manifestándose en lo social, cultural, ideológico, físico, por todos lados. Y algunas de las cuales se están intentando hallar y comprender en ésta tesis.

La rivalidad e irreconciliación de dos formas de ver y sentir el mundo, la emocional y la racional, provocaron que en las primeras décadas del siglo XX surgieran tantos sucesos culturales, sociales, económicos, políticos, bélicos, artísticos, y en sucesión, antagonismo y sustitución tan rápida como nunca había pasado en toda la historia.

Esto no se calmaba conforme el siglo avanzaba. Se intensificaba exponencialmente. Todo lo que sucedía se esparcía por todos lados, de cualquier forma y afectaba cada vez a cosas menos relacionadas. Las telecomuni-

caciones son en parte responsables de esto: El saber qué es lo que sucede en todo el mundo sin tener que estar en todos lados para experimentarlo. El rizoma que siempre nos conectaba a todos con todos y con todo casi se volvía palpable y reconocible, culminando con el más grande paradigma en comunicación de lo rizomático: el internet.

Volviendo a los inicios de ésta catálisis, y a la arquitectura, hubo un suceso, ésta vez no tanto una ruptura sino el producto culminante de una serie de rupturas casi efímeras -las vanguardias- que logró influir en las ciudades y edificios de gran parte del mundo occidental: El Funcionalismo, el Movimiento Moderno, la Arquitectura Internacional. Escribo gran parte, porque si bien se convirtió en prácticamente la única forma de hacer arquitectura en los países industrializados hasta que el posmodernismo adquirió fuerza en la segunda mitad del siglo XX, en nuestro continente la situación era algo diferente:

La inseguridad cultural, las revoluciones sociales e industrial incompletas, el antecedente neoclásico y el pasado y tradición milenarios latentes habían provocado que los revivals fueran y vinieran una y otra vez en América Latina, no tanto como rompimientos, sino como grietas por donde escapan intentos desesperados de encontrar una identidad: Por ejemplo, en 1910 en México, exaltando lo prehispánico de forma pintoresca, en contra de todo lo que recordara a regímenes que enaltecían lo europeo. En los 30's y 40's, con el neo-

colonial californiano y en pleno inicio de la explosión demográfica, el revival de un revival que surgió en el siglo XIX. Aproximadamente cada 3 décadas surgía en el continente un nuevo intento de hallar la identidad perdida, mientras que también se pretendía estar a la par de las grandes naciones, construyendo “a lo moderno.” Gracias a ésta incertidumbre y a ésta búsqueda, los distintos estratos de la arquitectura latinoamericana de inicios de siglo se entrelazaban, se mezclaban, enriquecían y perjudicaban unos con otros, generando nuevamente una arquitectura, aunque no innovadora o adecuada para el nuevo mundo, si única, relativamente justificada, auténtica y de vez en cuando prometedora y con gran potencial, gracias a ésta misma cualidad/defecto de no ser trascendente -de estar descentrada- a los ojos del mundo occidental.

Sumándole a esto la creciente participación de los estratos tradicionalmente marginados y cuya cultura milenaria permanecía consecuentemente menos subestimada, el enriquecimiento y las relaciones aleatorias, la heterogeneidad, la pérdida de significado mas no de simbolismo y la creciente multiplicidad sólo aumentaban lo rizomático de la arquitectura en el continente y a la par, la permanente influencia europea no lograba ser superada, pero pensándolo bien, eso no importaba. Recordemos el principio de la otredad, de la descentralidad, de lo marginal: Al reconocer y saber de *otras* arquitecturas, y al saber que para ellas la de nuestro continente es *otra*, es cuando comenzamos a reconocer la nuestra.

Ordenar, organizar, civilizar a la humanidad con la nueva arquitectura y las nuevas ciudades eran las intenciones no tan ocultas de los Funcionalistas. Pretendían lograr esto aislando actividades, simplificando, acelerando, separando, racionalizando todo lo que se construiría. Y en una naciente sociedad occidental “moderna” e industrializada éstas eran las virtudes del mundo contemporáneo.

El mundo que nos rodeaba se movía de una forma, pero una vez más el nuestro no lo hacía igual. Por lo menos no completamente. Así fuera porque lo hacía más lentamente -con una industrialización incipiente-, o porque se resistía a hacerlo -permitiendo que las emociones se fugaran e influyeran en gran parte de su desarrollo-.

El vacío emocional del funcionalismo era una desventaja en su introducción y adaptación a la arquitectura latinoamericana. Es innegable que se construyeron, y aún se construyen, gran cantidad de edificios con este lenguaje internacional porque son eficientes, relativamente económicos y tan rígidamente funcionales que se vuelven inalterables. Lo que olvidaron considerar fue la muy necesaria creación o adaptación de núcleos de identidad cultural, exactamente lo que la sociedad en nuestro continente llevaba ya siglos buscando o intentando recordar y fortalecer, que con ésta masificación de las ciudades se comenzaba a vislumbrar. Y ésta identidad sólo podría ser sentida relacionando

actividades, las actividades que ahora se hacían en las ciudades, comprendiendo comportamientos e ideando soluciones o mejoras para ellos y sus problemas, recordando el pasado, no negándolo, separándolo o subestimándolo.

El pasado, el color, la monumentalidad, las texturas, la emoción, el simbolismo, aunque no nos dimos cuenta, permanecieron a la par y muchas veces por encima de la claridad y contundencia racional en América Latina.

Permanecieron, por mencionar algunos de los ejemplos más reconocibles -aunque algunas veces con cierto grado de elitismo- en las Ciudades Universitarias de Caracas, diseño de Carlos Raúl Villanueva, y de la Ciudad de México, aunque con clarísimo lenguaje Funcionalista, también con una integración plástica monumental, así como un manejo de la escala, de las visuales y de los recorridos en el conjunto y en cada edificio que recuerda, entre muchas otras cosas, a las antiguas ciudades Prehispánicas.

Permanecieron en el museo de Antropología mexicana, nuevamente monumental, con grandes explanadas y constantes claroscuros, pero además con una claridad funcional casi irrefutable. En la obra del colombiano Rogelio Salmona, reinterpretando la forma de recorrer y percibir conjuntos urbanos como el de Teotihuacán o Uxmal, la utilización del agua por medio de canales y estanques, y la construcción con materiales nativos y técnicas adaptables y a la vez contemporáneas. En Ela-

dio Dieste de Uruguay también, usando los materiales con profundo respeto por su esencia y posibilidades, muchas veces llevándolos al límite, característica irónicamente de la arquitectura *high tech*.

Permanecieron en Chile, donde el Racionalismo aprendió a adaptarse a las condiciones regionales, contradictoriamente. Ejemplo de esto es el edificio de la CEPAL de Emilio Duhart en Santiago. Una obra que evoca gran parte del pasado del continente, además de lograr atemporalidad, permaneciendo 'contemporáneo' y 'moderno' desde su construcción en la década de los sesentas. La sede de la CEPAL relaciona elementos y características de 3 periodos distintos y trascendentales e la historia de América Latina: Lo prehispánico con su horizontalidad y su estratificación, como en Machu Picchu o Chichen Itzá, su estructura central en forma de caracol que recuerda a los grandes templos, y la utilización de materiales locales (piedra del río Mapocho). Lo virreinal con su esquema de patio central que sugiere a la arquitectura tradicional española -y que a su vez evoca a la árabe-, y lo moderno, o más bien Funcionalista, utilizando el concreto armado, la ventana corrida, los amplios volados y en sus inicios la planta libre.

Y por último, aunque tal vez no tan notorio, también permanecieron en los edificios de Oscar Niemeyer. Donde la plasticidad, la gran escala, la fluidez, la articulación de espacios, la curva son características de ambas arquitecturas, aunque la de Niemeyer haya tomado

un camino más espectacular, purista y hasta futurista.

Lo originario en el continente escrito párrafos atrás permaneció, se entremezcló y aprendió a convivir con lo que el resto del mundo occidental imponía, -y nosotros aceptábamos- en la forma de hacer arquitectura y ciudad. Sobrevivió como la mala hierba, logró brotar como líneas de fuga por donde casi nadie lo imaginaba -como por los “adornos”, o tal vez haciendo lo mismo pero de una forma más ingeniosa, conveniente o económica-, demostrando que en el siglo XX lo rizomático de la arquitectura en América Latina se aceleró. Las orillas del río continental eran socavadas cada vez más rápido, integrándose a una corriente cada vez más brava.





Vista del interior del Aula Magna de la Ciudad Universitaria de Caracas, Venezuela, con elementos acústicos de Alexander Calder.



Carlos Raúl Villanueva. Vista de conjunto de la Ciudad Universitaria de Caracas, Venezuela.



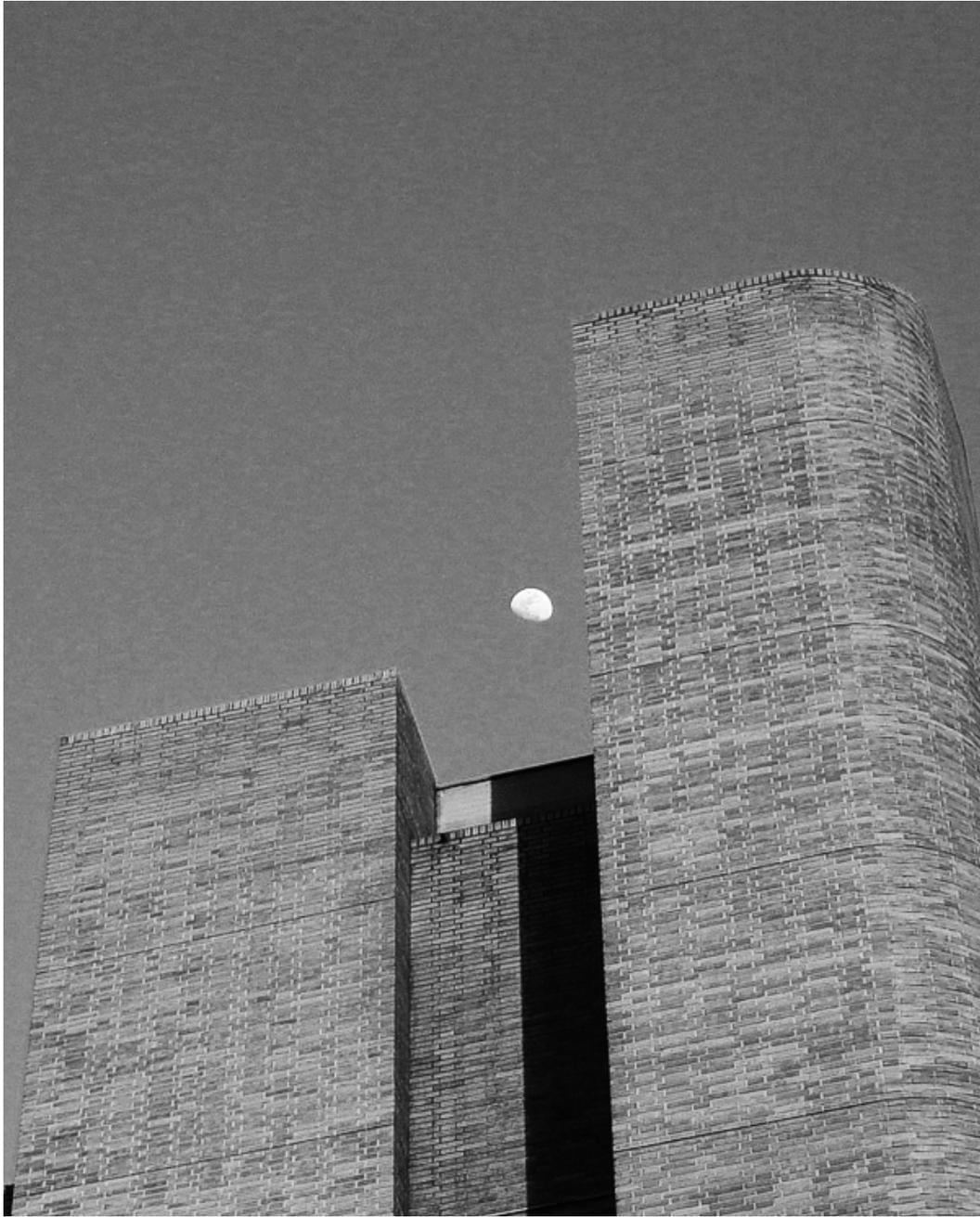
Pedro Ramírez Vázquez. Museo Nacional de Antropología,  
México.



Banco de Londres, detalle de la fachada. Buenos Aires, Argentina.



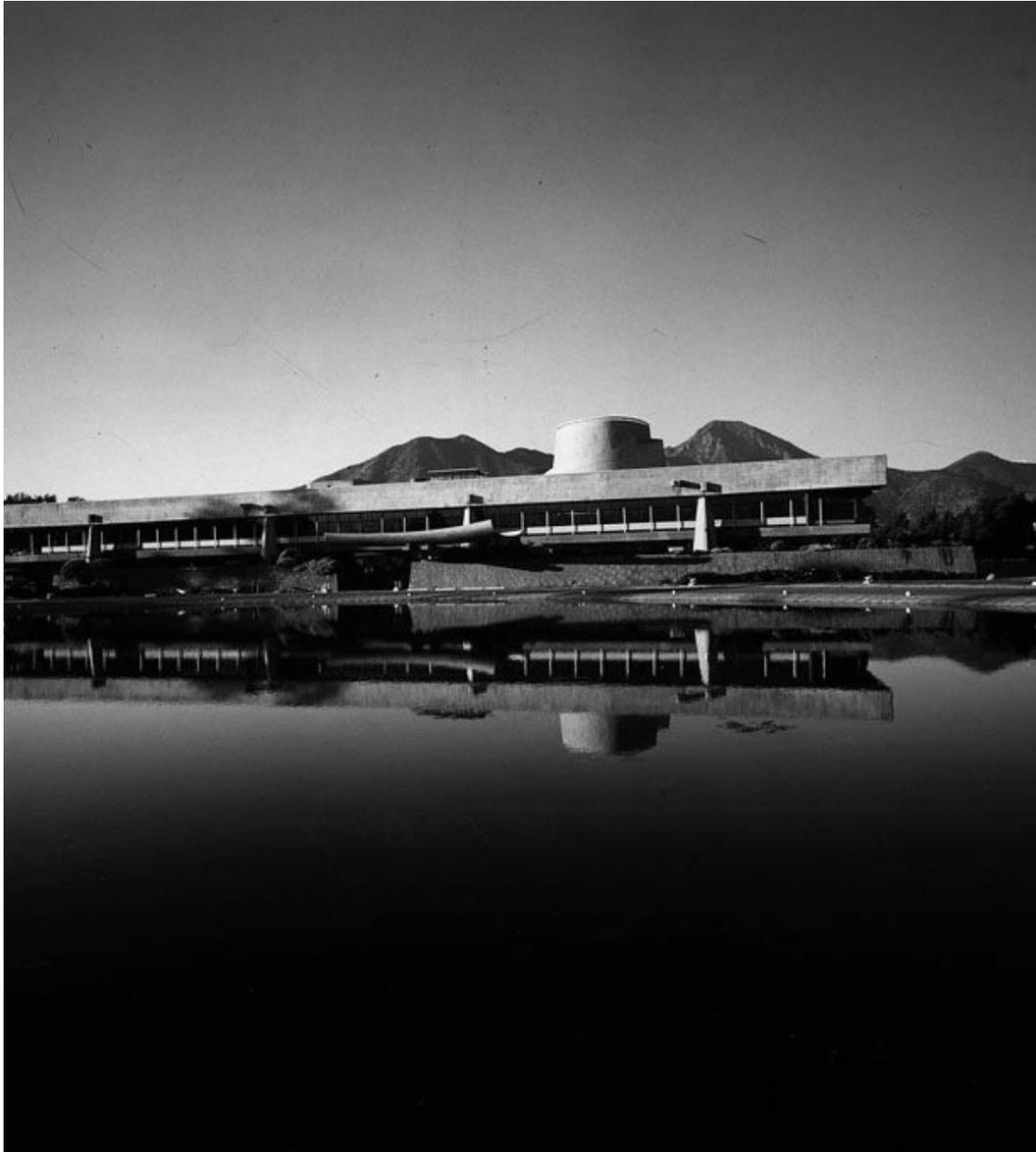
Rogelio Salmons. Biblioteca Virgilio Barco en Bogotá, Colombia.



Rogelio Salmona. Conjunto Torres del Parque. Detalle de la Torre B. Bogotá, Colombia.



Eladio Dieste. Planta embotelladora de Refrescos del Norte en el Departamento El Salto, Uruguay.



Emilio Duhart. Edificio de la CEPAL en las afueras de Santiago, Chile.



Oscar Niemeyer. Capilla del Palacio de la Alborada en Brasilia.



Oscar Niemeyer. Edifício Copán en Sao Paulo.



Lina Bo Bardi. Centro Cívico Sesc-Pompeia en Sao Paulo, Brasil.



Luis Barragán. Casa en Tacubaya, México.



## Las Rupturas Hacen Nuestra Arquitectura una reflexión

Éste nuevo intento, producto de la globalización, de olvidar o ignorar lo que podría ser una arquitectura de nuestro continente puede enfrentarse con su antítesis, encontrando y relacionando los puntos de inflexión, aquello que ha roto con el desarrollo natural -o impuesto- de los sucesos en la historia de nuestro continente. Porque es en éstos quiebres, en éstas crisis donde la verdadera naturaleza de las cosas se manifiesta, y es en éstas rupturas donde está la posibilidad de encontrar lo que hace, lo que puede hacer y lo que es “nuestra” arquitectura o en su defecto, las arquitecturas en América Latina.

Los puntos de inflexión descritos son una mínima fracción de todo lo que sucedió en el continente. Y fuer-

on elegidas rupturas que los países latinoamericanos tienen en común –de alguna u otra forma-. Pero es en el efecto, las consecuencias, las relaciones y la fuerza que tuvieron en éstos distintos estratos de la cultura latinoamericana donde se encuentra, si se tiene suerte, lo rizomático:

La concentración de poder extremadamente polarizada -característica primordial de las ciudades anti-rizoma- fue lo que provocó las rupturas -sobretudo físicas, ya que gran parte de las ideologías perduraron por tradición oral- en el continente durante la época precolombina. La Ruptura más intensa por ésta razón fue la rapidez con la que se consolidó la conquista. La concentración de poder, aún conociendo sus consecuencias, se mantiene.

Los grandes rompimientos producto de ésta gran fractura fueron el cambio de una vida exterior a una interior, donde la mayoría de los indígenas se convirtieron en marginados, parte del peldaño inferior de la sociedad. Pero gracias a que la importancia de los indígenas de élite fue relativamente respetada, su cultura fue asimilada, mas no eliminada. Poco a poco encontró nuevas formas de expresarse, adaptarse y permanecer -sobretudo gracias a la tradición oral- desde la religión hasta la vestimenta, pasando por la arquitectura.

En Sudamérica ésta gran ruptura no tuvo la fuerza de la de la Nueva España. Urbanísticamente fue una serie de adaptaciones más que de erradicaciones, y de fun-

daciones de nuevas poblaciones. Pero la concentración extrema se mantuvo. Lo prueba la existencia de 3 capitales, 3 virreinos en un territorio vastísimo. 3 capitales cuya hegemonía, por lo menos regional, permanece hasta hoy.

En Brasil, nación con un pasado casi permanentemente distinto al del resto de latinoamérica, el desarrollo inició y se mantuvo -hasta hace poco tiempo- en los litorales, a pesar de los eventuales descubrimientos de enormes cantidades y riquísimos recursos al interior.

Ésta concentración, ésta centralización se convirtió en una característica anti-rizoma precisamente porque, después de éstas inflexiones históricas -que en realidad fueron una misma situación perpetuada en todo el continente a pesar de los profundos cambios culturales-, la centralización como tal perduró, y no sólo eso, aumentó. Ni siquiera con las independencias o revoluciones sociales este fenómeno pudo ser revertido: la supremacía de las mismas ciudades permaneció y aparentemente permanecerá.

En cuanto a la manufactura del continente, casi siempre papel de la mano de obra indígena, y más recientemente de los estratos inferiores de las sociedades, encuentro que una extraña permanencia o estancamiento en su situación -característica aparentemente no rizomática-, es lo que demuestra que en realidad sí lo es: La mano de obra indígena es un arma de doble filo. Construyó grandes sociedades y culturas durante

periodos relativamente estables de la Historia, y casi las destruyó -a la fuerza- increíblemente más rápido cuando otra logró conquistarla. El proceso de fundación y construcción de una “Europa en América” fue la primera gran ruptura en el estrato de la manufactura de nuestro continente. Por fortuna, la mano de obra indígena logró actuar como una línea de fuga, evitando su completa exterminación: De potencializar sus inicios de civilización a potencializar la “civilización” de otros, una circunstancia que se repetiría hasta la consolidación de las grandes ciudades, donde la misma mano de obra que construye enormes edificios para otros, genera barrios de autoconstrucción en lo rizomático para sí mismos.

En Brasil, la oveja negra en una historia latinoamericana muchas veces similar, la mano de obra fue importada, junto con su propia cultura, que también logró sobrevivir y re-expresarse después, sobretodo en la exaltación de las emociones, el color y la celebración.

Poco a poco la sociedad criolla y peninsular comenzó a tolerar la cultura indígena, y en Brasil, la afro-brasileña, pero fue en el momento en que se construyeron edificios platerescos y barrocos, edificios europeos “a la indígena” que ésta fisura en el modelo europeo establecido se manifestó abiertamente. Las emociones se enfrentaban a la razón.

Nuevamente los grandes acontecimientos histórico-sociales del siglo XIX no fueron grandes rompimientos

en el estrato de la mano de obra. Su subestimación y en muchos casos sobreexplotación continuó a pesar de ellos.

Permaneció hasta la gran urbanización e industrialización de las más importantes ciudades latinoamericanas. Todo consecuencia del mismo proceso, pero en Europa, a su vez producto en esencia de la Ilustración. Las enormes cantidades de mano de obra potencial vieron un futuro prometedor en las ciudades, y emigraron a ella, primero en pequeños grupos y luego en enormes masas, término con el que serían bautizadas las urbes contemporáneas. Las ciudades crecieron. Crecieron en riqueza, en servicios, en posibilidades. Pero también crecieron en problemas. Las ciudades pasaron de manos de la aristocracia, a las de la burguesía y eventualmente -aunque nunca estuvieron plenamente consientes de ello- del proletariado.

Fue entonces que ésta inflexión urbanística y social extrema llevó a los marginados de una nación, a ser los marginados de las ciudades de la nación. Pero siendo en ambos lo más bajo, siempre fueron imprescindibles e interdependientes con los estratos superiores. Fuera realizando los peores trabajos o construyendo las futuras urbes, ésta mano de obra demuestra que es rizoma precisamente en ésta aparente situación permanente y constante. A pesar de todas las interrupciones, de todas las rupturas y de todas las relaciones forzadas e imposiciones, la mano de obra logró un estado de auto-organización. Auto-organización que se convertiría

en poder, influencia y posibilidad de volver a ser, o de ser por primera vez, latinoamericano. Además de ésta permanencia social y transformación cultural de los marginados en nuestro continente, hubo algo más que logró sobrevivir para luego alimentar esa posibilidad de hallar esa idea de arquitectura en Latinoamérica.

Es en el campo, lo mas marginado y por lo tanto lo más libre -al ser despreciado o tratado con indiferencia- donde se gestan las condiciones para la primera inflexión en el estrato de la emoción frente a la razón, elementos que se confrontan fuertemente a partir de la conquista.

Los indígenas y los grupos sociales tolerantes y protectores de ellos fueron los artífices de ésta primera grieta. Sus resultados: las capillas abiertas y las iglesias y demás edificios “híbridos”, como la ya mencionada Santa María Tonantzintla. Siendo esto parte de la aportación arquitectónica y urbanística de América al Mundo según el Dr. Juan B. Artigas.

Éste antagonismo llegó a un gran quiebre al introducirse las ideas de la Ilustración al continente, y con ellas deseos de libertad, razón, progreso e independencia. En arquitectura el rompimiento se dio con el Neoclasicismo, presente principalmente en Argentina y México que no toleraba la aportación ingeniosa y simbólica indígena, pero que abriría la posibilidad de volver al pasado -aunque prácticamente no fuera el nuestro- como medio para reencontrar la identidad.

Eventualmente esto se traduciría en los revivals, y muchos de ellos se inspirarían en lo prehispánico.

Pero durante el auge Neoclásico, la emoción –elemento imprescindible en nuestra cultura- quedó relegada, con lo que una nueva ruptura tenía que suceder, donde se enaltecería lo instintivo, lo pasional, lo espontáneo, lo intangible e inexplicable -y algunas veces desagradable o reprobable-, fundamentos originales de las culturas antiguas. Éstas dos rupturas sencillamente diferenciaron aún mas los estratos de la razón y la emoción, que se mantendrían presentes, generando su propias rupturas y líneas de fuga, permanentemente. Éstas inflexiones vendrían en una cantidad y a una velocidad increíblemente superior a las del pasado, siendo muchas de éstas efímeras.

El desarrollo científico, técnico, la abundancia material y la lucha despiadada por el ascenso social se separaba de la naturaleza humana originaria, colectiva y simbiótica. Ésta muchas veces fue expresada por medio de movimientos artísticos, muchas veces extremadamente antagónicos entre sí.

Dentro de los múltiples rompimientos en los estratos rivales de la emoción y la razón, hubo uno en arquitectura que más bien se convirtió en la culminación de varias de ellas: El Funcionalismo, que se convertiría en parte de el Movimiento Internacional. Un movimiento donde la supremacía de la razón era incuestionable, y que por lo mismo estaba destinado no sólo a fractura-

rse, a tener gravísimas crisis en un mundo que se transformaba y se autocuestionaba cada vez con más frecuencia, sino a generar líneas de fuga verdaderamente hostiles a su propia naturaleza. Líneas de fuga que, contraponiéndose a lo que el Movimiento Internacional sostenía, favorecían la pluralidad y diversidad, la apertura, la consideración de lo marginado o asignificante y la posibilidad de que existiera no sólo una, sino incontables “verdades” válidas. Sin duda, estas líneas de fuga, vistas como un conjunto de movimientos culturales e ideológicos, son conocidas como “la Posmodernidad”.

Esto fue en el mundo occidental ya industrializado, pero el enfrentamiento en nuestro continente no fue igual: El funcionalismo no logró triunfar contundentemente en nuestro continente, porque así como el estrato de la razón había permanecido y se había enriquecido, también el de la emoción se había fortalecido, sobretodo en ésta desesperada búsqueda -aunque muchas veces inconsciente- por la identidad. Y cuando las grandes masas, con costumbres y tradiciones más arraigadas que la ya anónima, internacional y genérica población urbana moderna, poblaron las grandes ciudades, ésta importancia de lo visceral, lo espontáneo, lo masivo e incontrolable se intensificó aun más. El Funcionalismo en Arquitectura fracasó -en este aspecto- al convertirse en un freno ante la posibilidad de encontrar una identidad cultural. En vez de eso se dedicó a racionalizar, homogeneizar, estandarizar e internacionalizar a las ciudades y a la forma de hacer arquitectura.

El pasado, el color, la monumentalidad, las texturas, la emoción, el simbolismo, las tradiciones y costumbres siguen ahí. Siempre han estado. Y es en las rupturas donde tienen la oportunidad de expresarse nuevamente, de salir a la superficie para ser considerados, comprendidos y desarrollados en el constante intento por hallar una arquitectura de nosotros y para nosotros. Es en lo marginal, en lo siempre ignorado o menospreciado, en lo “insignificante” pero coincidente donde debemos buscar.

Y es en uno de los últimos grandes puntos de inflexión en la Historia de la humanidad, donde surgieron estas oportunidades. Un rompimiento cuyas premisas eran extremadamente antagónicas a las del Funcionalismo. Un rompimiento igualmente subestimado, reducido y ridiculizado. Esta inflexión es lo que conocemos como Posmodernismo:

Un continente con decenas de miles de años de historia antropológica y con sólo una mínima fracción de ese periodo con relativa estabilidad, ha intentado, tanto con circunstancias adversas como afortunadas, de explicarse y de comprenderse. Y durante ése proceso, ha recibido la intrusión de una cantidad de elementos ajenos tan grande y a veces tan incompatible, insoportable o perjudicial con su pasado originario, que la tarea de comprender ésa complejidad y multiplicidad suena casi absurda.

Parece que a la velocidad a la que todo se mueve ahora, ésta complejidad sólo puede aumentar y extenderse hasta abarcar la totalidad de nuestra cultura, volviéndola aún mas incomprensible, y lo que uno no entiende, lo ignora y eventualmente lo olvida. Pero hay algo -por lo menos en parte- que podría tomar ésta creciente complejidad, y dentro de éste mismo caos, distinguir una serie de estratos que se interrelacionan, tal y como se comprende y desarrolla un rizoma. Éste algo es, si es aplicado con cuidado, el conjunto de movimientos e ideologías conocido como Posmodernidad, cuyos principios no son necesariamente el pintoresquismo, la ironía hacia lo moderno y a lo académico. Sus principios parten -igual que los del rizoma- de la idea de que los valores de cualquier cosa se trasladan a los márgenes -Las escalinatas y plataformas de la Ciudad Universitaria en México no son tan importantes como los edificios de enseñanza, no son lo que hace a una universidad cualquiera, pero son lo que de forma sutil relaciona la contundencia racionalista con el estilo de vida en el exterior y la calidad visual de las ciudades prehispánicas-, la arquitectura verdaderamente le habla a la ciudad, a sus habitantes y viceversa, porque es concebida por los mismos habitantes, tan diversos como los resultados de ésta arquitectura, se alienta el pluralismo, la creatividad colectiva, la motivación y la participación, todo y todos son parte e influyen en el quehacer urbano-arquitectónico -siempre y cuando todos pretendan resolver los problemas de las ciudades- se evita actuar sobre lo superficial, lo banal y lo evidente (el ornamento vuelve a tener un simbolismo

trascendente y, con suerte, milenario), y se rechaza la idea de una sola realidad objetiva, principio puramente funcionalista, colonialista y de régimen totalitario o dictatorial, tres momentos de fuerte ruptura en la historia latinoamericana. En este movimiento -si es que a lo que está sucediendo ahora le podemos llamar *movimiento* (singular)- se comparte lo que subyace en nuestras sociedades.

Adoptar estos razgos de la verdadera Posmodernidad en un intento por realmente comprender nuestra arquitectura es un buen comienzo (o una buena continuación de ésa búsqueda de la identidad) siempre y cuando no se tomen como un dogma todos los principios posmodernos, ni que se entienda como posmoderno lo que la cultura popular cree que es: no buscar sólo el progreso o la fama individual. Podríamos usar ésa economía del consumo también para el conocimiento -consumir conocimiento, cultivarse-. Revalorizar a la naturaleza, y a los momentos en los que nuestra sociedad actuaba en simbiosis con ella. Aprovechar ésa nueva importancia que se le da a la forma, sin que se convierta en algo sin fondo -recordar y conservar el simbolismo en la ornamentación y en otras características que perduraron en la arquitectura latinoamericana-. Que no sólo lo que nos impongan sea lo “verdadero” o lo que existe; esforzarse por siempre ir más allá de la información con la que somos bombardeados, reflexionando y convirtiéndola en conocimiento y sabiduría, aprovechando además éste rizoma mundial digital -el internet-. Ésa nueva intimidad perdida

transformarla en una nueva vida colectiva, exterior, en sociedad, distinta a la colectividad al manifestarse violentamente. Saber que el presente es nuestro, pero no pensar que es lo único que importa, que sin el pasado no existiría y que es responsable de que haya un futuro. Volver a rendirle culto al cuerpo, a los sentimientos, al poder y misticismo de la naturaleza, sin perder la fe en la razón y la ciencia; Reconciliarlos. Enriquecerse de lo que sea, des-jerarquizar las cosas, buscar la empatía y basarse en la apertura y la subjetividad justificada y trascendente.

Recordando que todo lo anterior sólo son posibilidades y que nada está determinado, todo valdrá la pena por el simple hecho de estar ahí.





## Referencias

Deleuze, Gilles & Guattari, Félix (1972). *Rizoma*. México: Ediciones Coyoacán.

Morin, Edgar (2004). *Introducción al pensamiento complejo*. México: GEDISA.

Weisman, Marina (1993). *El interior de la historia, Historiografía Arquitectónica para uso de Latinoamericanos*. Bogotá: ESCALA.

Segre, Roberto (1975). *América Latina en su arquitectura*. México: Siglo XXI.

Romero, José Luis (2010). *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Browne, Enrique (1988). *Otra Arquitectura en América Latina*. México: GG.

Lejeune, Jean François (2005). *Cruelty and Utopia: Cities and Landscapes of Latin America*. Nueva York: Princeton Architectural Press.

Kafka, Franz (1999). *Metamorfosis*. México: EDAF.

Maldonado, Tryno (2008). *Grandes Hits Vol. 1: Nueva generación de narradores mexicanos*. Cuento: Constelaciones. México: Almadía.

